

GENIIT

sociología
ciencia — literatura



R. Rucker: Responsabilidad del proletariado ante la guerra.—Felipe Alaiz: Tipos españoles: Joaquín Costa, Epicteto en la feria.—XXX: ¿Qué acción resultaría eficaz para evitar una nueva guerra?—Federica Montseny: Benedetto Croce, o la filosofía del espíritu.—José Peirats: La vida y los libros. Conciencia histórica.—Dr. Augusto Forel: Crónica científica. Importancia de la patología mental en el erotismo religioso.—Vladimir Muñoz: Los Huterianos.—Prometeo: Las utopías. Una ojeada a la vida en Tierra Libre. Año 2040.—Alberto Carsí: El calvario de Ludwig Van Beethoven.—Hem Day: Julio Vallés.—F. Regné Barbance: Los retratos pedagógicos.—Faulhaber: El mundo no tiene refugio.—Aurel: Han Ryner. El hombre y su obra.—Carpio: Hombres e ideas.—Germen: Ensayo bibliográfico sobre William Godwin. — Publicaciones sobre Godwin.—Luce Fabri: El anticomunismo, el antiimperialismo y la paz.—Nuestra portada: Soledad.—Poetas de ayer y de hoy: A Concepción Arenal, por Manuel Machado.

Diciembre

1952

24

Revista Mensual



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

SOLEDAD

M. Tozzi es uno de los pintores modernos de Italia. Nuestra portada reproduce uno de sus cuadros más importantes, que más contribuyó a consagrarle como artista innovador en un país donde el arte alcanzó ya, en el pasado, sus formas más elevadas y sublimes.

Con medios nuevos, con un juego de luces y de sombras austero y desnudo de toda fantasía, Tozzi consigue darnos una sensación impresionante de soledad, de tristeza, de extraña melancolía. El propio género ambiguo de las dos adolescentes enlazadas, de expresión soñadora y desolada, pensativas y como sumergidas en un sueño interior, da a este cuadro un carácter exótico.

Deseosos de que nuestros lectores conozcan todas las manifestaciones del arte antiguo y moderno, hemos incorporado a nuestra galería la reproducción de este lienzo, con el que se revela y se manifiesta una vigorosa personalidad de artista inquieto y atormentado, expresión del alma de un pueblo que vive una etapa de reconstrucción interior, en la cual el pasado y el futuro luchan formando las múltiples facetas de su presente.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON ROLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «**CENIT**», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

**REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA**

x

Comisión de Redacción: Peirats, Ferrer, F. Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «**CNT**», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

RESPONSABILIDAD DEL PROLETARIADO ANTE LA GUERRA



¿E aquí una pregunta capaz de inquietar por sí misma a todo hombre que piense y sienta: ¿En qué medida están interesados los obreros en la fabricación de armamentos? ¿Tiene ya el proletariado, dentro del orden social existente, un interés en actuar resolutivamente en el carácter y en las formas de la producción?

El movimiento obrero de los últimos años no se ha planteado nunca ese problema. Se contentó con ver en el trabajador una máquina viviente, un esclavo del salario obligado por el poder incontrastable de las condiciones económicas a vender la fuerza de sus músculos y de sus nervios. Y se consideró natural que mientras existiera la sociedad actual et capitalista determine sin restricción alguna sobre el modo y la naturaleza de la producción. No se podía imaginar una posibilidad distinta. Las luchas económicas se llevaron exclusivamente para obtener salarios más altos, jornadas de trabajo más cortas y, en general, mejoramiento de las condiciones de trabajo. Apenas se pensó en problemas más elevados. Pero no fué siempre así. Hubo una época en que los trabajadores socialistas conocieron problemas más profundos. Y aspiraron a otra forma de actividad. Sin embargo, nos hemos habituado a considerar despectivamente aquel período con incomprensible espíritu de superioridad y a vanagloriarnos de nuestro desenvolvimiento; pero pienso que los espantosos acontecimientos de los últimos veinte años, constituyen un motivo suficiente para someter nuestro juicio a una rectificación fundamental.

Las organizaciones obreras francesas de los años 1840-50, una de las fases más interesantes del movimiento obrero europeo, no se contentaban con las simples luchas del salario y de la propaganda política electoral. Esas organizaciones, que se desarrollaron por centenares en la mayoría de las ciudades francesas, y principalmente en París, tenían como objetivo final la concentración progresiva de la producción entera en manos de la clase obrera por medio de fundación de cooperativas socialistas de producción; propagaban también al mismo tiempo un derecho de codeterminación de los trabaja-

dores en los establecimientos capitalistas relativamente al carácter de la producción. Esta tendencia se reveló claramente en especial en la última fase de evolución de las asociaciones. Se había llegado a la convicción de que los obreros producían una cantidad de cosas directamente nocivas para la gran masa de los consumidores. El sentimiento moral de la responsabilidad del obrero socialista se sublevó ante el hecho de estar él mismo forzado a figurar también como engañador de sus compañeros de clase a causa de la naturaleza y el modo de su actividad productiva. Por esa razón se exigía una especie de derecho de veto de los obreros en las fábricas para codeterminar sobre la utilidad o nocividad de las distintas ramas de la producción.

Fernando Garrido, uno de los iniciadores del socialismo en España, expresó estos pensamientos claramente en su obra sobre las *Asociaciones obreras en Europa*, que tuvo una gran influencia en las primeras organizaciones obreras socialistas y sindicales de España. Garrido defendía el punto de vista que el socialismo no era propiamente más que la responsabilidad individual de cada uno en el bienestar social de la totalidad. Por ese motivo es deber de los obreros socialistas expresar dentro mismo de la sociedad capitalista ese sentimiento de responsabilidad para desarrollarlo y cultivarlo con la más precisa garantía de la realización futura del ideal socialista. Vió en el derecho de codeterminación de los trabajadores sobre el carácter de la producción, no sólo una demanda socialista, práctica de honda significación teórica, sino también un medio para fortalecer el espíritu de la verdadera solidaridad y el sentimiento moral de la responsabilidad de los trabajadores. Las organizaciones económicas de lucha del proletariado catalán que contaban entonces más de 50,000 miembros, se ocuparon vivamente de este problema. Hasta se llegó a luchas ocasionales entre capital y trabajo en esa contienda por la conquista del taller y de la fábrica.

También en las filas de los obreros ingleses germinó ese pensamiento en la época en que Robert Owen fundó su Great National Trade Union, que por desgracia tuvo que sucumbir prematuramente

ante las crueles persecuciones del Gobierno inglés.

Después de la derrota sangrienta de los combatientes parisienses en junio de 1848 y de la reacción general consiguiente, desapareció por muchos años ese movimiento lleno de promesas, pero las ideas continuaron germinando escondidamente y resurgieron con vigor después al fundarse la Asociación Internacional de los Trabajadores. La internacional fué el primer gran ensayo para unir a la clase obrera de todos los países en una sola Federación poderosa a fin de romper el yugo de la esclavitud del salario y abrir el camino al desenvolvimiento de una cultura social superior sobre la base de la igualdad económica y de la libertad política. Su lema: «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos».

En el Congreso de Bruselas de 1878, se ocupó la Internacional del problema de la guerra, que justamente entonces tenía una aguda significación por la tirantez entre Francia y Prusia. El Congreso declaró que la huelga general era el arma más eficaz para impedir la matanza de los pueblos, y adoptó una resolución en este sentido. Por primera vez en la Historia se proclamó claramente que el proletariado internacional tiene sus intereses especiales como clase, en contradicción notoria con los llamados intereses nacionales de la burguesía.

Estamos hoy, lectores, ante una decisión de graves consecuencias. Hemos planteado el problema: ¿Cuál es nuestra actitud respecto a la elaboración de utensilios para el Ejército?

Plantear este problema equivale a contestarlo. Hemos vivido una catástrofe de alcance tan incalculable, que la historia mundial no vió otra como ella. Quince millones de muertos, millones de ciegos, lisiados y enfermizos. ¿Y quién aprecia la suma de miseria general que ha creado esa espantosa matanza de pueblos? Si un cerebro humano fuera capaz de concebir en su totalidad horrenda este crimen atroz en todos sus detalles y determinarlo, caería bajo esa avalancha de dolor, de sangre y de lágrimas. La mayor parte de los hombres son moralmente cobardes, tiemblan ante la responsabilidad y sólo están dispuestos a echar la propia culpa sobre ajenas espaldas. ¿Qué hemos hecho hasta aquí para combatir al Moloch militarismo, para arrojar de nuestras puertas el demonio de la guerra? Antes de que nuestros jefes políticos aprendieran el «hasta el fin», nos contentábamos con la máxima: «Para el militarismo, ni un hueso ni un

penique». Y habíamos visto en estas palabras la última conclusión de la sabiduría. Pero no nos oponíamos cuando el Estado azotaba a nuestros hijos en los cuarteles con todos los refinamientos para la matanza humana. En los Parlamentos no se aprobaba un penique para Moloch; pero nosotros fundíamos cañones y forjábamos fusiles para él. Y esa culpa no es sólo de la clase obrera de un país, sino de los trabajadores del mundo entero. En nuestros Congresos mundiales predicábamos el amor fraternal, pero nuestros besos de hermanos eran besos de Judas, pues nos armábamos, llenábamos más y más los arsenales de la muerte, los talleres de la matanza sistemática de las masas. «¡Abajo las armas!», gritábamos con frenético entusiasmo, pero no teníamos el valor moral para abandonar los martillos que las forjaban.

Cuando las conquistas de la revolución parisiense de febrero fueron aniquiladas, escribió Alejandro Herzen con amargo desprecio humano: «No habéis querido el socialismo; pues bien, tendréis la guerra».

Y la tuvimos. Si el proletariado mundial no comprende la grave seriedad de esta hora, volveremos a tener la gran catástrofe.

Bastante ha reposado la muerte, trabajadores, sobre las comarcas de Europa; ahora está de nuevo la decisión en nuestras manos. No nos será aportada desde arriba, ningún Congreso de la Paz nos la dará; la solución del problema sólo puede ser realizada por la acción de los trabajadores mismos.

¡No fabriquemos más armas de guerra! No demos al Estado más cañones, más fusiles. No pongamos más armas de muerte en las manos de los asesinos. Preocupémonos de que los establecimientos de la producción y de la espantosa carnicería humana se transformen en talleres de trabajo útil y pacífico. Vivimos en una época extraordinaria y tales momentos exigen resoluciones extraordinarias y actos revolucionarios. No es este el instante de los temerosos titubeos. Toda vacilación es criminal, es favorecimiento del crimen.

La negativa a la producción de armas es la única garantía para impedir la matanza organizada de las masas.

¡Compañeros de la industria de los armamentos! El destino del pueblo está en vuestras manos. Una resolución viril por vuestra parte no dejará de tener su efecto por encima de todas las fronteras del mundo.

Nueva York.

R. ROCKER



TIPOS
ESPAÑOLES

Joaquín Costa, EPICTETO EN LA FERIA

¿QUIEN puede calcular el peso del papel destinado a ensalzar a Costa? En vida, todos se burlaban de él. Al morir, cuando a nadie podía estorbar, todos se llamaron discípulos de Costa, amigos de Costa. En su tierra natal era «el conocido notario de Graus». Tierra dura de herederos, con unos cuantos recaudadores de impuestos, unos cuantos ricos en pobreza y un par de millones de siervos.

Costa no tuvo amigos. En todo caso, sus amigos fueron los libros, nuestros amigos. Su pobreza limpia, su capacidad de estudio, su estoicismo, le dieron derecho al diálogo. ¿Por qué dialogó tanto en el pasadizo de la política? Los buenos estaban trabajando, como él, y no le entendieron. ¿Leían? No sabían leer. ¡Feroz antagonismo español! Por un lado, la sabiduría, excepcional de Costa; por otro, la incultura absoluta de sus afines en estoicismo.

Algo parecido, aunque en otro plano, ocurrió con Larra. Larra tenía un temperamento hipersensible. No podía tolerar un reloj descompuesto ni un portazo. Sus contemporáneos soportaban sin pestañear guerras, portazos y tormentas, ruidos, epidemias y terremotos. Como Larra no podía ser feliz, se mató; su amigo, Mesonero Romanos, en cambio, estuvo a punto de suicidarse por exceso de felicidad.

Costa se desesperaba por la indigencia intelectual de los españoles y éstos viven en perpetua incapacidad de darse cuenta. El vengador heroico suprime al tirano de un tajo; los españoles danzan, votan, cantan y trabajan en honor del tirano. No existe en España nivel ni congruencia. Se da un histólogo como Cajal entre millones de ignorantes. Se da un Rey Pastor, mago del cálculo, entre veinte millones de ciudadanos para quienes resulta verdadero martirio razonar una multiplicación. Se pasa desde el ultradocto al bruto completo, al bruto entero, al bruto rotundo y perfecto; bruto que no sólo es ejemplar sino fábrica de brutalidad, el bruto por esencia, presencia y potencia.

Supuso Costa que la brutidad española sólo existía en los gobernantes, cuando aquélla es un reflejo de la brutalidad de los gobernados. La equivocación llenó toda la vida tensa de Costa, haciéndole suponer cándidamente que la regeneración de España era cuestión de malos o buenos gobiernos. Soñaba en una República docente, húmeda, agraria y succulenta, con escuelas y despensas abiertas, sin pobres y sin pedantes. Problema es este de tanta magnitud, que sólo pueden resolverlo los participantes, no los decretos.

Es de notar que aspiraba Costa con tan permanente ahínco a la resurrección de España en bloque siendo como era el modelador del pequeño propietario individual, a quien no interesa nada de lo que escapa a su control, desdenando disposiciones

y decretos, aunque sean de rasero igualitario por creerse, como García del Castañar, Pedro Crespo y Budha, centro del mundo. El punto de vista de Costa respecto a las posibilidades de España en cuanto al progreso de la agricultura se condensaban para todo el territorio en lo que constituye la realidad de un patrimonio familiar de tipo medio cuyos participantes trabajan en una cooperativa de producción sin asalariados ni parásitos.

Para comprender las teorías de Costa precisa conocer el régimen patrimonial del Alto Aragón en su zona media y baja. El castillo roquero del inglés y la granja de Ohio no son nada en comparación con el pequeño patrimonio altoaragonés. No se disuelve, no mengua ni crece. Lo hereda íntegro el mayor de los descendientes. Los caballeros o segundones tienen la dote señalada en metálico, pero las tierras del patrimonio, como la casa, quedan vinculadas al heredero, al delfín. Cuando éste contrae matrimonio, recibe en forma de capitulación solemne el testamento de sus padres adjudicándole éstos tierras y aperos. Desde aquel momento el padre es un rey destronado. La iniciativa en la labranza pasa al hijo, como la disposición del peculio y en realidad hasta la tutoría sobre los menores.

Costa nació y vivió en un ambiente así. Se acostumbra a considerar el problema de la propiedad como un problema de cooperación familiar, sin parásitos y sin asalariados. Creyó que la clase jornalera—muy limitada y utilizada como mano de obra en cortas temporadas—era redimible en Aragón creando para ella, con el descuaje de grandes fincas, una red de patrimonios familiares capaces de elevar la riqueza total en un cien por ciento en cinco o seis años para estabilizarse después, como ocurre con las haciendas privadas cultivadas en el Alto Aragón por los componentes de una familia, sin asalariados. Suponía Costa posible la replantación del campo desnudo favoreciendo riegos y florestas y el establecimiento de cinco o seis millones de patrimonios familiares como los que sostienen la economía pública, porque todo se lo hacen ellos, en el régimen altoaragonés, cuyas instituciones consuetudinarias conocía Costa mejor que nadie.

El programa costista ha pasado, muy deformado, al repertorio de Gil Robles. Las izquierdas monopolizaron los primeros años de la República, llegando a gobernar con absoluto desconocimiento de los problemas del campo. Las derechas los conocían por controlar las instituciones llamadas de crédito, los cotos sociales, las cajas de préstamos, el sindicalismo del labrador medio, la beneficencia agraria y hasta el tráfico de abonos y maquinaria, que se sostiene con capital ultracatólico. Frente a estas maniobras de captación, frente a los préstamos para fundar patrimonios familiares, las iz-

quierdas prometían a los braceros expropiar a los señores feudales; pero lo hicieron en beneficio de la burocracia republicana y socialista, mientras el bracero seguía tan pobre y explotado como antes. De esta experiencia se derivó el triunfo electoral de las derechas en noviembre de 1933, debido a las «dueñas», a las dispenseras pobres y no tan pobres partidarias a todo trance del patrimonio familiar.

Costa seguía el vaivén de la propiedad en Europa y adjudicaba al régimen de pequeño patrimonio altoaragonés un carácter modélico. Contemplaba el derrumbamiento de la gran propiedad en Bélgica y suponía que la multiplicación de propietarios podría ser en España un caso de formidable multiplicación de riqueza común por adjudicación de una propiedad prudencial, intransferible e inembargable, a Juan sin Tierra.

Este es el principio activo de Costa y no los trenos políticos. La parte fértil de su vida quedó ocupada por desvelos de economista. Estudió maravillosamente la pequeña asociación colectiva agrícola y ganadera de los siglos pasados; fijó la costumbre en el campo laborioso como manifestación superior a la ley; analizó con acierto lo que el libre acuerdo y el apoyo mutuo realizaron en la España vecinal. Como animador, con Alba y Paraíso, de la Unión Nacional, fué traicionado por aquellos políticos. Como africanista fué desviada y desbordada su teoría por el militarismo. Como diputado nadie le escuchó. Se retiró a Graus convencido del pedestrismo político, a vivir con dos pesetas diarias, él que había hecho frío y desapacible el clima de su notaría de Madrid ahuyentando a los millonarios y negándose a legalizar trampas usuales.

Ni Pi, ni Salmerón, ni Azcárate, ni Castelar tienen la hondura concreta de Costa en la investigación. Sólo Julio Senador puede compararse a Costa en la riqueza de motivos elaborados, no inventados ni contrahechos; motivos comprobables, sin resabios de abstracción. Nos convenía Costa de su experiencia como el podador que sale a podar a principios de primavera y nos ofrece un racimo en otoño. Tenía una dosis tan considerable y densa de buen sentido, un gusto tan depurado y descontentadizo para las síntesis—recuérdese lo que escribió sobre los beneficios del árbol, tan parecido a lo que escribió Reclus—que sus glosadores no han conseguido más que trazar desdichadas caricaturas del «león de Graus». Costa no era león sino hombre: nada menos que todo un hombre.

En los últimos años de su vida llegó a rugir, a gritar con angustia, a llorar a borbotones. Era que descendía por la vertiente postrera de sus caminos; era que se veía parálitico y vencido a pesar de su humanidad de aspecto hercúleo.

Las horas quedaban llenas de fruto sazonado, de esfuerzo puro, de estoicismo. El cerebro gigantesco se parangonaba con los cerebros de plantilla, con los levantamuros de España, con la feria y la bullanga. Era Costa como un estoico entre churreros de la política, quincalleros de la moral y fenómenos de la elocuencia. Agonizante, casi muerto, acudió a Madrid para informar contra la ley llamada del terrorismo, pretexto de las clases conservadoras para aterrorizar al pensamiento y a la decencia. La intervención de Costa fué decisiva en contra de aquel engendro borbónico, agravado posteriormente por las leyes de excepción dictadas por los republicanos de derecha y por los republicanos de izquierda.

Quedó en alto la austeridad de Costa como raro

trofeo. ¿Por qué en los años de dictadura militar monárquica que precedieron a la dictadura militar republicana se inauguró en Graus un monumento dedicado a Costa por los protagonistas de aquella política de espuelas? ¿Por qué asistieron a aquel acto los aragonesistas si Costa había insultado con razón a todos los patriotas de festival, tanto si invocaban a España como a Lanuza? Aquel acto sólo pudo tener lugar porque Costa estaba muerto. De vivir, hubiera apedreado a sus exaltadores.

Costa es tradicionalista en un sentido concreto económico; un abogado de los pecheros pero no de las pechas eternas, sostenidas por las víctimas más que por los dueños de la tierra, por la conformidad más que por el despotismo. Si la vida de Costa hubiera seguido el ritmo propio, tras el desengaño político, hubiera sobrevenido el desengaño sobre la autoridad. El buen sentido le hubiera llevado a comprender que todo puede hacerse sin aparato gubernamental, federándose los productores libres y haciéndose así más libres que aislados. Creía en una dictadura que fuera paternal y franciscana a la vez que férrea, a lo Bismarck. Eso decía, pero en realidad nunca se hubiera sentido Bismarck. Para franciscano le faltaba todo y para bismarckiano le sobraba todo. La frase quedó en la historia anecdótica de Costa, pero pertenece a lo ajeno a Costa.

Nació en Monzón, pueblo grande y feudal del que habla Edmundo de Amicis con terror en su libro dedicado a España. Monzón es posiblemente el primer pueblo huraño que halla el viajero curioso al adentrarse por España desde Cataluña siguiendo la línea ferroviaria del Norte hacia Poniente. Los pueblos grandes de Cataluña tienen el contrapeso de su industria. Manresa, por ejemplo, parece una cueva teológica, pero queda entre chimeneas humeantes y tenerías. Monzón es un pueblo ¡todavía! de tapiz. Está presidido por un castillo espeluznante. Visto al atardecer o a la luz de la Luna, es un verdadero castillo encantado sin contrapeso de vitalidad moderna. En aquel castillo pasó buena parte de su niñez Jaime el Conquistador. En las huertas que rodean al castillo vivió Joaquín Costa sus primeras impresiones.

Podrán decir de Costa quienes no le conocen que tenía la reciedumbre del Pirineo; pero quedaría mejor retratado sobre el fondo de aquella huerta de Monzón regada por el Cinca, paisaje delicado de olivares y molinos, frutales, regatos y flores junto al azul Tiziano del río. Lo recio de Costa no es una montaña rasa sino un enorme olivo centenario. Edmundo de Amicis se asustó contemplando el castillo desde el tren porque no vio otra cosa. Después de pasar el tren por el puente, camino de las llanuras esteparias, no miró Amicis hacia atrás por temor a convertirse en estatua de sal; y sin embargo quedaban los olivares verdeplata del Cinca, que componían y componen uno de los paisajes más bellos del mundo. De ese paisaje brotan las raíces de Costa cuando canta la belleza, la sanidad y la utilidad de las plantas. Calificar a Costa por sus apelaciones a la política hechas en plena ruina fisiológica es desconocer a aquel hombre. Le faltó ocasión de comprender, por vivir entregado, tal vez en exceso, a los libros, que las florestas y los riegos podían surgir del trabajo privado de los españoles, de la iniciativa de los grupos productores, del acuerdo y de la federación, como surgieron en las primitivas colonias libres de California, a las que no llegaba el Estado ni dominaba al principio ningún propietario; como surgieron en la España

escondida, en comarcas que aun hoy mismo viven del producto normal del bosque, no explotado por ningún dueño sino por la colectividad; como se conservan en las zonas forestales de Lituania, sin intervención de gobernadores ni jueces; como se conservan en muchos Municipios—el mismo Costa lo recuerda—donde no llega la rapiña del propietario. Ni Azaña ni sus petulantes compadres conocían a Costa. Sólo podemos simpatizar con lo sustantivo de la obra de Costa los adversarios de la política.

La ignorancia de la ley no justifica su incumplimiento según intentan razonar sin conseguirlo todos los textos oficiales de Derecho. Aceptar el principio sería entronizar la pedantería de los leguleyos; y sobre todo equivaldría al compromiso de conocer los textos legales en su totalidad, faena más complicada que aprender el griego. El imperialismo de los curiales llegaba a extremos escandalosos en la época de Costa. El juriconsulto era un hombre incontinente y pesado que producía un diluvio de leyes contradictorias apoyado en la mayoría política; los antagonistas producían, a su vez, leyes nuevas; el tercero en discordia producía una fronda tan copiosa de jurisprudencia contenciosa que nadie podía entenderse. Sumando los preceptos legislativos, los administrativos y los ejecutivos, calculaba Costa que se produce una norma cada doce minutos. Y fué el mismo Costa quien protestó contra la pretensión irracional de embutir millones de preceptos en la mente humana. Se elevaba sobre la empalagosa pretensión de los abogados de secano, de los espontáneos Justinianos rurales, tan embrutecidos que creen conocer los recodos y escondrijos de la ley para empapelar a los vecinos laboriosos con las disposiciones que tienen a bien formular los vagos de la ciudad. Era la ley para Costa lo contrario de lo que es para un secretario rural. Este último es un lazo de unión entre las instituciones oficiales llamadas superiores y el Municipio intervenido. Costa quería que el Municipio no fuera intervenido por ningún poder extraño, sino producto de una economía colectivista de técnica solvente, capaz de darse fuera a sí mismo. Dentro del Municipio aceptaba el ca-

pitalismo indefinido, o por lo menos no lo recusaba. Esta fué su equivocación. Al hacer en su «Colectivismo agrario» un resumen de las teorías socialistas y analizar las ideas de Henri George, no declara su pensamiento crítico ni denuncia al capitalismo, a pesar de ser el historiador de tantas y tantas instituciones agrarias y ganaderas que pudieron sostenerse con plena eficacia, como los Pósitos, mientras fueron asociaciones desinteresadas y de apoyo mutuo, quedando convertidas en completas inutilidades al ser intervenidas por el Estado.

Otra de las equivocaciones de Costa fué su confianza en el Estado pedagogo, su fidelidad a la escuela oficial. En España, las clases adineradas no van a la escuela oficial, siendo las que tienen el privilegio de la técnica y el monopolio de la cultura universitaria. La escuela oficial, cuando el maestro no es verdaderamente maestro de vocación, caso poco menos que imposible, es una oficina más, un centro de captación religiosa y autoritaria. Recuérdese lo ocurrido en Francia en 1914. ¿Qué masa formó el ejército? Protestantes y católicos, liberales y conservadores, monárquicos y republicanos, labradores y artesanos, industriales y comerciantes, judíos y librepensadores, socialistas y burgueses, ricos y pobres. Todos tenían distinto origen; pero todos habían aprendido en la misma escuela la falacia del patriotismo.

A Costa no le entendió casi nadie. En su primera juventud fué romántico, como lo prueban sus *Cartas a Mosén Anatolio*, curiosa obra inédita que tuvo la fortuna de hallar en manuscrito rebuscando archivos familiares en 1918 y que se publicó comentada por mí en *El Sol de Madrid* por aquella fecha. Costa fué un divorciado hasta de la mujer que había elegido por esposa. Entre sus afectos íntimos brilla el de su lealísima hermana Martina, que le atendió y cuidó generosamente en los últimos años de vida. Sin la asistencia de Martina hubiera muerto de hambre por las calles el primer polígrafo de España. El veneno de la política ahogó a Costa cuando Costa quiso arrojarlo de sí con saña hercúlea.

Felipe ALAIZ



¿QUE ACCION RESULTARIA EFICAZ PARA EVITAR UNA NUEVA GUERRA?



LAS causas producen sus efectos y la semilla determina la esencia de la cosecha. Las mentalidades autoritarias producen necesariamente las guerras, como la mentalidad sociable y liberal produjo cuanto existe y existirá en el mundo respecto a civilización siempre que aquella mentalidad sociable y liberal sea un esfuerzo incesante, intensivo, sincero y desinteresado del sector humano más desarrollado, constituyendo la convivencia de hombres libres a que aspiramos. Pero de mal grano sale mala cosecha.

Este fatal encadenamiento gravita sobre la evolución toda a pesar de las tentativas que se hicieron para corregir la fatalidad interponiendo ambiente favorable y exquisitos cuidados. Sin duda puede conseguirse algo por lo favorable del ambiente, por la buena calidad de los cuidados que se prodiguen, y en suma, por los beneficios de la educación; sin duda pueden atenuarse los defectos iniciales, y todos aquellos desvelos forman el repertorio único de lo que puede hacerse; pero se hace de manera tan primitiva, incompleta y caprichosa, que las verdaderas curas son todavía raras. La buena influencia familiar puede tener un valor inestimable, pero se da también el caso opuesto cuando se imponen la influencia y la impulsión del medio público estatal y burgués, del medio actual que produce efectos tan desagradables, siendo necesario casi siempre rehumanizar a los adultos jóvenes en un clima social avanzado con ideas fraternales. O bien esquivan esta sana influencia rehumanizadora quedando aquellos hombres como carne del Estado, como carne para los impuestos y como carne de cañón, presa del burgués explotador o burgueses ellos mismos obedientes a las órdenes y a la guerra, matando o muriendo a la voz de mando de los superiores.

Se comprende, pues, que la guerra, suprema floración del espíritu autoritario, impuesta y afirmada por la violencia como medio final para propagarla y generalizarla mediante la conquista, es parte integrante de todo sistema autoritario. Se llamó la guerra razón última de los reyes (*ultima ratio regum*), ¿y qué hicieron los reyes conquistadores, los concesionarios de sistemas únicos, totalitarios, más que guerras incesantes? Directa o indirectamente guerras hicieron, y estas guerras se convirtieron en sangrientas en cuanto hubo resistencia. No serán por cierto los jerarcas que reinan gracias a una ofensiva guerrera permanente quienes proscriban la guerra, como tampoco la proscribirán sus instrumentas y cómplices, ni sus víctimas ciegas engañadas y con la cabeza repleta de prejuicios. Tampoco harán cesar la guerra los hombres que preconizan un sistema autoritario y propagan la necesidad de imponerlo por cualquier

procedimiento violento. Se dedicarán en mayor o menor grado a reglamentar las colisiones, a evitar éstas o a esquivarlas cuando puedan estallar en perjuicio suyo, si bien en un momento dado se hallan dispuestos a rectificar el pacifismo falso prescribiendo de nuevo la guerra si promete ser un **buen negocio o una feliz combinación de intereses**. Siempre hay excesivo número de seres dispuestos a seguir órdenes de reclutamiento ya porque se presenta la guerra como **causa nacional** o porque se hace derivar artificiosamente de una supuesta idealidad abstracta que se inventan los guerreristas. Toda guerra es para el país, según versión oficial, la más noble de las causas; toda guerra resulta triplemente justificada, según aquella versión, por motivos jurídicos, sentimentales y económicos. Siempre resulta que el agresor es el enemigo, y que éste queda calificado en opinión de los beligerantes, como agresor, culpable y provocador. Siempre el buen Dios resulta ser uno de los nuestros y también resulta que está gravemente ceñudo contra nuestros adversarios. Y lo que se hace entonces es suspender por tiempo indefinido el precepto **no matarás**, además de suprimir la vigencia de los códigos en cuanto sancionan los homicidios, dándose manos libres y poderes plenos para poner fuera de combate y matar a millones de hombres, a millones de nuestros conciudadanos armados, exterminio mutuo que en **siglos salvajes** alcanzó no sólo a combatientes sino a menores, mujeres y ancianos, vendidos luego como esclavos, alcanzado también en los **tiempos modernos** a las mismas categorías de seres humanos indefensos si se hallan estos al alcance de bombas y gases tóxicos administrados por una nación civilizada.

Todas estas inmoralidades se derivan del **principio de autoridad**; hasta tal punto se derivan de aquel principio, que nadie puede extrañarse de que mientras rija y domine inspirando a la inmensa mayoría de los hombres, sean comunistas, socialistas como tantos otros que se creen igual o más avanzados, cualquier esfuerzo, por bien intencionado que sea, en favor de la paz, será estéril. No morirá la guerra mientras viva la mala semilla que la produce, la plaga autoritaria. Espíritus liberales y antiautoritarios trataron de contener esta plaga; los pensadores libertarios la combatieron y combaten; pero ni siquiera la propaganda y la práctica libertarias se separan por completo de ella; si a consecuencia de esto se consiguió alguna ventaja precipitada, la lucha contra la guerra y contra la autoridad quedó atenuada al propio tiempo y disminuidas sus posibilidades por la escasez de fuerzas antibélicas, ya que si éstas no se desarrollan quedan afectadas rápidamente por contagio o infiltración.

Así, pues, sin perjuicio de exaltar la paz como felicidad suprema de la vida, los hombres de todos

los siglos rindieron los más fervientes honores a los héroes de la guerra. El dios Jano, con sus dos caras, reproduce esta mentalidad ambigua. La desigualdad en número, en riqueza o en desarrollo cultural fué promotor todopoderoso del asalto guerrero consumado por los fuertes contra los débiles en estos resultados: masacre (canibalismo), servidumbre (trabajo de esclavos o dispersión de éstos hasta desaparecer un pueblo por venta, como esclavos, de sus habitantes), o bien anexión de estas masas a las grandes unidades, a los Imperios. Alejandro, los Césares romanos (*pax romana*), etc. Sólo donde las fuerzas estaban más o menos equilibradas como en Grecia, se llegó a una solución capaz de impedir las luchas estériles y ruinosas: la Federación, garantía firme de paz entre los federados. Proudhon, Bakunin y Pi y Margall no hubieran podido hallar cosa mejor; mas aquel ambiente resultó insuficiente por falta de mentalidad para la voluntad sociable, para la idea solidaria. Surgieron rivalidades entre los pueblos federados. Atenas y Esparta guerrearon también agotándose en la pelea, declinando entonces la bella civilización griega y no sabiendo ya erguirse hasta acabar siendo presa de los macedonios, de los romanos y por fin de los turcos, reasimilándose a Oriente. Aristófanes se vió estimulado para escribir su famosa obra *Lysistrata*, el primer llamamiento en gran escala a favor de la resistencia pasiva, en vista de la resistencia general de las mujeres a entregarse a los hombres hasta que éstos hicieran la paz y dejaran de guerrear. Las mujeres no siguieron tan excelente consejo, como los obreros tampoco se sirvieron ampliamente de la huelga general que les hubiera dado el triunfo. La mentalidad y la voluntad no fueron educadas entre las mujeres ni entre los trabajadores; no fueron coordinadas y solidarizadas en proporción efectivamente grande, tal como requerían y requieren las necesidades de cada momento con su magnitud y su importancia. Sin embargo, los dos consejos siguen teniendo solvencia. Si no se puede aplastar el mal se puede practicar la abstención, haciendo el vacío en torno al mal. Por fuerte que sea éste, no es nunca activo, no es nunca productor; es sólo consumidor y parásito que no tiene más remedio que entrar en una situación de inferioridad si se ve aislado.

El pensamiento antiguo fué interrumpido y falseado por la invasión de la mentalidad cristiana, por el monoteísmo que reemplazó el culto de las distintas fuerzas de la Naturaleza por el culto de una divinidad única, totalitaria, por el culto a un dios tiránico y absoluto, dueño de todo y de todos. Inevitablemente este totalismo divino redujo a silencio las manifestaciones del pensamiento, la investigación, la ciencia, la alegría de las diversidades vitales. No tardó en contenerlas y perseguirlas quedando por mil años dominantes la ignorancia y el obscurantismo. Inevitablemente creó el catolicismo una burocracia militante, la *Ecclesia militans*, la Iglesia; también creó una casta contemplativa y amiga de placer, prototipo de inutilidad y ocio: las órdenes monásticas. El fantasma divino como llamó Bakunin a la imaginación interpretativa invocada por la burocracia según sus necesidades pesa enormemente sobre el mundo de los creyentes mientras la Iglesia extrae doble provecho: de ellos, que la alimentan y de los Estados puesto que a los Estados facilita la Iglesia fieles súbditos que dan al César lo que es del César. Estas palabras sobre el César se pusieron en labios

de Jesucristo, cuando la verdad es que en su esencia histórica los cristianos representan, independientemente de la existencia o no existencia del mismo Cristo, una tradición subversiva contra la Iglesia y el Estado, contra el privilegio y la opresión existentes en esta época. Por la relación que tenía con los Estados la Iglesia, relación que ésta trataba de dominar y explotar en lo posible, bien pronto abandonó aquella máxima de la ética antigua avanzada, la cual llegó a hallar repercusión en los primeros cristianos, herederos asimismo de la tradición de los esclavos rebeldes, de Espartaco: internacionalismo o interhumanismo. La Iglesia no fué internacionalista más que por sus finalidades de conspiración permanente contra la libertad y la luz mientras atesoraba riquezas, tenía el poder y las tierras. Siempre se declaró patriota de cada país sin dejar su ultramontano básico, sin dejar su divinidad única a la que declara amiga de los hombres sin perjuicio de tutelar o patrocinar a los tiranos mayores o menores al gobierno del país en que quedan los clérigos. Se comprende, pues, que la paz no ha tenido el menor apoyo de la Iglesia, como no lo ha tenido tampoco del Estado.

Hubo hombres de mérito que aun sin facilidades para instruirse directamente se vieron fascinados con las enseñanzas morales introducidas en el conjunto, tan ambiguo, de las doctrinas evangélicas, doctrinas que no fueron más que letra muerta en la práctica general cristiana. Francisco de Asís fué tierno con los animales y en particular con los pajarillos, siendo por ello admirado y santificado, aunque en nada pudo cambiar las costumbres de sus contemporáneos y descendientes devoradores de miles de aquellos mismos pajarillos cazados en todas las colinas, en los *roccoli*. Incluso hoy mismo, cuando los italianos cristianos libertan a los abisinios cristianos, la prohibición moderna nominal de cazar también los pájaros de paso por Italia como emigrantes del aire, ha quedado suspendida en Italia y los *roccoli* florecerán de nuevo abiertamente. También había hombres como Guillermo Penn, un cuáquero inglés de América, el primero que por principio cristiano concluyó acuerdos y alianzas pacifistas con los pieles rojas en vez de apoderarse de sus tierras y arrojarles de ellas. Este fundador de Pensylvania fué siempre unánimemente respetado, pero en general no se ha hecho con los pieles rojas más que bautizarlos y engañarlos desembarazándose de ellos dándoles aguardiente con prodigalidad o bien ropas que habían estado en contacto con atacados de viruela, lo que determinó la extinción de tribus enteras. Las excepciones desinteresadas son escasas y todo el mundo está de acuerdo—los clérigos los primeros—en no imitarlas.

No hubo ningún factor favorable a la paz. No lo hubo en la múltiple mentalidad estatal de los siglos pasados con sus millares de déspotas grandes y chicos. Cada uno de estos déspotas ambicionaba las posesiones de otro. Tampoco fué la Iglesia factor favorable a la paz porque la Iglesia fué una institución servil, mercenaria, camaleonesca, hipócrita; se puso a las órdenes de los déspotas locales contra el pueblo traicionándolo para no pensar más que en la propia prosperidad. Tampoco la masa ciega de los creyentes incultos fué factor de paz porque sólo aspiraban tales elementos a pasar una vida penosa como nulidades vistas lo menos posible por sus crueles amos. Es evidente que estas masas no querían la guerra más que cuando ésta

tenía carácter de pillaje, violación, incendio... Por esto mismo siempre contaban los amos con elementos agresivos sin base moral, los mismos que preferían el pillaje propio al ajeno ejercicio contra ellos y querían matar más que morir, los mismos que habían salido de las capas populares y se hicieron instrumento de los poderosos, viviendo a expensas del pueblo.

Era imposible reaccionar colectivamente ni con desinterés oponiéndose a las guerras en aquellos tiempos de envilecimiento ético y degradación intelectual y las primeras determinaciones pacifistas se derivan de algunas consideraciones muy interesadas, en general ésta: oponer a la violencia guerrera aleatoria una autoridad estabilizada superior que convertiría en peligrosa la guerra y cualquier violencia, haciendo que la guerra careciera de beneficios para el agresor. Las ciudades se coaligaron contra los magnates feudales que practicaban el bandolerismo o bien en el interior de un territorio extenso una autoridad superior prohibía los carteles de desafío y las hostilidades directas entre unos y otros señores feudales. Sabemos que siguiendo estas normas el Estado moderno se atribuyó el papel de las autoridades subalternas y el de las ciudades y señores feudales además de que mediante la Reforma supo romper o atenuar en buen número de países la potencia material de la clerecía. Todo esto, en suma, fué una «racionalización» de la autoridad que llegó así a marcar una huella más profunda sobre la mentalidad de los hombres. Las guerras adquirieron proporciones más considerables y fueron cada vez más duraderas — siete años, treinta años — más las hostilidades casi seculares entre ingleses y españoles, etc.

No pareció entonces posible la paz — como no lo fué con Alejandro, con Roma ni con Carlomagno — más que a fuerza de conquistas y anexiones enormes creadoras de hegemonías inatacables; y por lo que respecta a los tiempos de Carlos V, Enrique IV de Francia, Richelieu, Luis XIV y Pedro el Grande de Rusia (véase su pretendido «Testamento») hasta Napoleón Bonaparte se daban tales especulaciones que la base de la paz era la guerra y la conquista general.

En aquella época pareció despertar de su letargo secular la inteligencia humana. Mientras fué puesto de nuevo al rojo blanco el fanatismo religioso desde Calvino a Ignacio de Loyola y se retorcieron en las hogueras Servet, Giordano Bruno, Vanini y otros suplicados, pronunció Rabelais su libertario *fayce que voudras* (haz lo que quieras) y La Boétie hizo un llamamiento a la desobediencia preconizando el abandono de la *servidumbre voluntaria* de los espíritus esclavos. Los llamados *monarchomachos* predicaban la acción directa contra los soberanos sagrados. La débil tradición del *derecho natural*, comprendiendo los derechos humanos que no dependen de reyes ni de juristas, tradición que se remonta a los filósofos libertarios de la Grecia clásica, quedó reforzada en el siglo XVIII desembocando en la afirmación teórica del *Derecho de gentes* (Hugo Grocio, etcétera), pero al mismo tiempo se adquirió la comprensión de que para propagar ideas generosas en un mundo servil era necesario que se diera una cooperación razonada de elementos valiosos. De este punto de vista se derivaron esfuerzos públicos y secretos, desde las sociedades de investigadores a las clandestinas, masones, iluminados, etc., que abrieron las primeras brechas en las murallas que tenía la autoridad para su defensa, dándose por fin la maravillosa eclosión espiri-

tual libertaria en la segunda mitad del siglo XVIII, la gran época de Voltaire y Diderot de repercusión concomitante en los países de la esfera europeoamericana, virtualmente en todo el globo.

Se era entonces cosmopolita, ciudadano del mundo, hombre. Y fué cuando exclamó Tomás Paine: «Mi patria es el mundo, y todos los hombres son mis hermanos». Después de un siglo de guerras apenas acabado, desde Luis XIV de Francia a Federico II de Prusia, se comprendió el carácter sórdido de las guerras y de los sistemas gubernamentales. No hay más que releer «Candide» de Voltaire, para darse cuenta del desprecio que inspiraban todos los elementos gubernamentales de la época. Se producía el advenimiento de la era libertadora y revolucionaria: lucha de América del Norte contra Inglaterra, de Polonia contra Rusia, de Francia en 1792 contra la invasión realista y poco después lucha en Italia, Bélgica y Holanda contra los sistemas caducos. Hubo un cruce entre *guerra* y *revolución*, consiguiendo América su independencia incommovible pero resultando crueles derrotas para Polonia. Francia tuvo la dictadura imperial, Italia pasó por vicisitudes muy variables dejando un vacío que incluso en los tiempos actuales presenta forma de nueva aspiración imperialista. España estuvo en convulsión por tales acontecimientos desde 1808 y no ha podido tomar aliento aún. En Alemania se encendió el fuego que arde hoy en violenta llamada de apariencia insondable. Sólo Inglaterra sacó provecho y quedó largos años con las manos libres en todas las latitudes del globo, acumulando contra ella codicias y odios sin extinguir todavía.

No fué posible dar solución liberal a los problemas interiores y exteriores suscitados en todo el mundo desde 1789 porque el espíritu autoritario fué imponiéndose gradualmente. Era insostenible el Imperio francés universal deseado por Napoleón y era también insostenible la restauración del pasado impuesta por el Congreso de Viena (1814-15). En tales condiciones, del gran esfuerzo humanitario del siglo XVIII se derivaron tres corrientes: el *liberalismo*, contaminado pronto con la burguesía y demolido a fuerza de ataques tanto conservadores como socialistas; el *nacionalismo*, con todas sus fachadas, desde Mazzini a Mussolini y otros; y el *socialismo*, tan libertariamente planteado por Godwin, tan brillantemente sostenido por Proudhon, Bakunin, Reclus y otros, desnaturalizado con tanta mezquindad por Marx y por la práctica del *bolchevismo* totalitario desde Lenin a Stalin. Las corrientes que estuvieron casi ausentes bastante tiempo después de 1815 fueron: el *federalismo* y su forma más perfecta, la *anarquía*; el *librepensamiento* suplantado largos años por el *deísmo*, el *neocristianismo* y la *filosofía estatal del justo medio*, no renaciendo el pensamiento libre más que a favor de la *filosofía radical* y social con la *renovación científica*: Feuerbach, Moleschott, Darwin; la *tercera corriente* ausente fué la *paz* ya que lo mismo republicanos y nacionalistas se mostraron ávidos de guerras contra la reacción, guerras que tenían carácter de tales aunque eran a la vez insurrecciones y revoluciones.

No fué entonces la paz objeto de propaganda directa más que para un cierto número de ingleses y americanos que se desinteresaban de las cuestiones continentales y no tenían otro apoyo que el de sus convicciones religiosas y éticas. Hasta la intermediación de 1848 no fué introducido en el ambiente el elemento de fraternización de los pueblos.

Me refiero a la antigua «Society for the Promotion of Permanent and Universal Peace» (Sociedad para la promoción de una paz permanente y universal). Su material de propaganda se reimprimió frecuentemente. Puedo referirme también a la obra del americano Elihu Burrit; a los cuatro Congresos

internacionales en favor de la paz que tuvieron lugar desde 1848 a 1851 en Bruselas, París, Frankfurt y Londres y también al esfuerzo del precursor de Tolstoi en la teoría de no resistencia, Adin Ballou, en los Estados Unidos, etc.

XXX.

BENEDDETTO CROCE.

o la filosofía del espíritu



N Nápoles, donde vivía, completamente retirado de toda actividad pública, se extinguió el 20 de noviembre de 1952, el filósofo italiano Benedetto Croce.

El nombre de Croce llena 50 años de pensamiento filosófico mundial: en efecto, desbordando las fronteras de Italia, su filosofía ha sido la expresión moderna de un idealismo materialista—si me es permitida la frase—que tendió el puente moral entre

Hegel y Büchner.

Para nosotros, abrevados en las fuentes filosóficas pimargalianas, en su influencia directa y en la de sus discípulos—singularmente Giner de los Ríos y Bartolomé Cossío—Benedetto Croce tiene una doble seducción: satisface la sed de ideal de nuestra concepción materialista y continúa la línea nunca completamente truncada del glorioso humanismo. Como Pi y Margall, los dos, a través de Erasmo, de Espinosa y de Hegel, son continuadores del pensamiento filosófico de Vico, que, con su filosofía de la historia, hizo de la especie humana un encadenamiento armonioso, una sucesión de edades y una unidad indiferente al tiempo.

Croce reactualizó Vico en Italia, como lo hizo familiar al pensamiento filosófico español Pi y Margall. Vico y Espinosa están asimismo en la raíz del pensamiento hegeliano y su influencia sobre Guyau fué considerable.

En filosofía, es difícil limitar la perspectiva. Tal filósofo aparentemente olvidado, resucita de pronto, interpretado por otro pensamiento moderno. Alguno, muy a la moda durante cierto tiempo, de pronto es sepultado en el olvido. Es el caso de Spengler, de Bergson y del propio Keyserling, hoy olvidados, cuando de pronto aparecen en el firmamento filosófico otros astros: por ejemplo Georges Santayana, pensador inglés de origen español que vivió, escribió y ha muerto hace poco en Italia.

...

Se considera la obra cumbre de Croce «La Filosofía del Espíritu», escrita entre los años 1902 y 1908. Tres densos volúmenes, en los cuales Croce, recién reñido con el marxismo, intentó sentar las bases de una filosofía materialista del espíritu, dando a la palabra espíritu la concepción idealista hegeliana, despojada de todo sentido metafísico y religioso.

El espíritu es la razón, la inteligencia, el sentido moral, la fuerza psíquica que dirige nuestras acciones, nuestros sentimientos, que guía y controla nuestro instinto y nuestra sensibilidad.

Como Gille escribió una filosofía de la dignidad, Croce, intelectual puro, escribió una filosofía de la inteligencia, elevándola al rango de fuerza espiritual directora, determinante del progreso humano.

Obra admirable, con la que se incorporó, por derecho propio, en el mundo filosófico moderno. Libro que resta, aun cuando hoy haya habido críticos que lo consideren superado por el pensamiento actual. Pese a que algunos conceptos sean arrinconados por nuevas conclusiones elevadas por la biología, la psicología y la histología, ello no le quita ningún valor a la obra. Lo que resta, sólido y bien enraizado, es suficiente para mantener el nombre de Croce en la primera línea del pensamiento filosófico. Erasmo y Espinosa, como Kant, como Hegel, como Nietzsche, permanecen por un conjunto de razonamientos lógicos y humanos, aunque muchas ideas falsas vayan siendo expurgadas de su filosofía.

Y la filosofía, en realidad, no es ni podrá ser nunca la obra de un hombre. Ninguna filosofía ha sido completa en ningún pensamiento. Espinosa completó a Erasmo; Hegel completa a Kant; Bakunin dió a Proudhon su sentido revolucionario y social; Croce recogió la herencia de Vico, la unió al hegelianismo y con todo hizo una filosofía propia que hoy interpretan quizá, a su manera, Sartre y Camus y los modernos pensadores continuadores del humanismo.

Además de la «Filosofía del Espíritu», Croce escribió otras obras importantes, particularmente «La Estética». Sus trabajos de crítico y de ensayista son también muy numerosos.

Además de su estudio dedicado a «La Poesía» y sus «Sabios y filósofos», serie de grandes biografías de pensadores, donde ocupa lugar preeminente un profundo análisis de la obra y del pensamiento de Hegel, en su revista «La Crítica», fundada por él a principios de siglo en unión de Giovanni Gentile, fueron publicándose una serie de escritos a través de los cuales el pensamiento de Croce se proyectaba sobre las diversas manifestaciones del intelecto y de la vida humanos.

«La Crítica», publicada durante bastantes años, fué el yunque en que se forjó el pensamiento de una generación italiana, no sabemos si para bien o para mal, pues esa generación, que produjo hombres admirables, fué la que luego trajo el fascismo. El propio Mussolini se proclamó discípulo de Croce, traductor al idioma italiano de «Reflexiones sobre la violencia», de Sorel.

La mezcla social y moral del fascismo, perturbó por un momento al propio filósofo. Extravió pasajero, pues Croce abandonó pronto toda simpatía por Mussolini y se con-

★

virtió en su enemigo más acérrimo. Este le destituyó de su cargo de catedrático de la Universidad de Roma, y le excluyó de toda actividad docente. «La Crítica» fué prohibida y todos los libros de Croce puestos en el Índice fascista, después de haberlo sido en el Índice papal.

Perseguido, exilado y recluso espiritualmente, sin tribunas donde escribir, el aislamiento de Croce fué, sin embargo, fértil, pues en ese período elaboró dos de sus obras más importantes: Una «Historia de Italia de 1871 a 1915» y una «Historia de Europa en el siglo XX», materiales de consulta indispensables para cuantos deseen conocer la vida social, artística, literaria, filosófica y política del continente europeo en la época contemporánea.

Su vida pública—senador, ministro, presidente del Comité de Liberación, jefe del Partido Liberal italiano—no nos interesa. De ella renegó él mismo, abandonando todos los puestos ocupados y todos los honores, para recluírse en su villa de Nápoles y seguir escribiendo, hasta que la muerte ha interrumpido su esfuerzo creador.

...

Como filósofo, como crítico, como escritor, Croce constituye, con Taine y con Brandés, una trilogía robusta. Los tres se completan y forman un todo armonioso. Taine inicia la filosofía de la inteligencia, aportando—el primero—las enseñanzas de la psicología a la filosofía. Brandés es el exégeta de todo el pensamiento literario y filosófico del siglo XIX, que tanto debía influir sobre el pensamiento de Benedetto Croce y su formación espiritual; profesó él mismo—Brandés—un credo social y filosófico francamente revolucionario, juzgando el esfuerzo intelectual del siglo XIX como el fruto natural de los acontecimientos sociales y políticos que le precedieron, siguiendo en ello la misma teoría filosófica de Taine—las influencias geográficas, étnicas, de herencia y de medio en la producción del esfuerzo creador del hombre—y adoptando la misma filosofía de la historia de Vico, actualizada por Croce. Y éste, por último, tercer pilar de una misma lenta y profunda elaboración moral, sostiene el edificio con su fuerza dialéctica, su experiencia política y su pensamiento fecundo de meridional.

Aunque de meridional tiene muy poco la obra de Croce. Es más apasionado, más ampuloso Brandés, hombre del Norte, que el frío latino, lógico implacable, poco propenso a los extravíos líricos y en lucha permanente con la exuberancia

de la «lingua d'amore» que él quería despojar de toda sonoridad para convertirla en precisa y tajante.

El rasgo distintivo del estilo de Croce es éste: la sobriedad y la precisión. Brandés, esclavo de la pobreza de las lenguas escandinavas, se evadía hacia el alemán. Croce hubiera querido redimirse de la musicalidad italiana y producir en una lengua elegante y simple, como el francés, austera y armoniosa, como el español. Por ello, deliberadamente, la prosa de Croce es un contraste violento con el verso de Carducci, con la exaltación de Leopardi.

Y Croce es mejor, bien traducido al francés o al español. Es decir, vertido por un buen traductor que sepa dar al pensamiento del filósofo el ropaje severo de una lengua apropiada.

Desgraciadamente, aquellos que quieren leer Croce en España no podrán. Puesto en el Índice fascista, el autor de «La Filosofía del Espíritu» está proscrito de las librerías y de las ediciones españolas. El comentario dedicado a su muerte por la Prensa franquista-vaticanista es curioso y honra a Croce más que todos los elogios.

...

Pi y Margall pidió que al morir, se envolviese su cuerpo en un sudario; que se le dejase tranquilo en una habitación a oscuras con las ventanas abiertas, sin que nadie velase su eterno sueño. Que se le enterrara civilmente, sin acompañamiento y sin honores.

La familia de Croce, interpretando la voluntad del difunto, ha rehusado el entierro oficial propuesto por el gobierno de De Gasperi y lo ha conducido a su última morada con el mayor recato y la mayor sencillez.

Así, sobriamente, reintegrado a su dignidad de pensador, a su verdadera fisonomía de filósofo, ha sabido mostrarse ante la posteridad el autor de «La Estética», el creador de esa filosofía del espíritu o de la inteligencia, en la que los hombres encontraron la fe en sí mismos, el idealismo racionalista y el sentimiento de su grandeza, como especie.

El humanismo ha perdido otro de sus grandes intérpretes históricos. Pero, si el hombre desaparece, la obra monumental resta, proyectándose sobre otras inteligencias, fecundándolas, prosiguiendo el constante proceso de continuidad. Los hombres suceden a los hombres, sirviendo todos de obreros de la misma obra de carne y de espíritu por la que la humanidad va avanzando hacia infinitas y eternas metas.

Federica MONTSENY

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

LA VIDA Y LOS LIBROS



CONCIENCIA HISTORICA



N la contratapa de este magnífico libro, con el que el autor, Enrique Espinoza, ha tenido a bien obsequiarnos, leemos lo que Ernesto Montenegro ha querido sintetizar sobre ambos, obra y autor, en pocas palabras: «Aquel demonio de hombre sabía cuanto pasaba en varias literaturas y no se le escapaba un desliz de los muchos que cometemos los que escribimos por la pura gracia de dios y la tolerancia del público». No sólo no se le escapa a Espinoza un solo cabo suelto de los muchos que andan flotando en la moderna balumba literaria, sino que sabe anudarlos con perspicaz maestría a los hechos que se derivan, se interponen o contraponen en esas literaturas.

«Conciencia histórica» es más que una recopilación de cortos ensayos brotados de la pluma del autor bajo la impresión de los acontecimientos que concurrieron al paréntesis, todavía abierto, de la última guerra. Editarlos hoy bajo forma de libro no es ostentación vanidosa. Aquellos ensayos encajan perfectamente, y más que encajar adquieren relieve, se agigantan, con el paréntesis abierto. No hay solución de continuidad en la ya larga historia de nuestro tiempo. Una historia sobrecargada de hechos íntimamente ligados, crecientes en sus notas cada vez más agudas como las tempestades musicales que suspenden el alma y cortan el resuello. No hay tampoco un contraste brusco entre las manifestaciones y actitudes de los hombres. Cierta clase de contrastes son la más sólida prueba de unidad. Porque permiten al pensamiento crítico, sin arbitrariedades ni extorsiones, confrontar, deducir y relacionar. Nuestros fenómenos característicos no han recogido de la nada, por generación espontánea, ni son emanación de los astros. Las brillantes teorías y los grandes absurdos militantes, la democracia y el totalitarismo, la más abstracta filosofía, pongamos por caso el hegelismo o el nietzscheísmo, y el marxismo más químicamente puro, mal que le pese a Espinoza, forman un conjunto ajustado, machiembreado, con los arranques epilépticos de hombres, partidos y dogmas.

El autor y libro que nos ocupan son felices, en gran parte, en estas constataciones. Y no vamos a extremar aquí nuestro juicio; no vamos a ser exigentes, caer en la absurda pretensión de condenar un conjunto logrado por el simple lunar de un detalle. Del punto de vista del conjunto, la jira crítica de Espinoza es más que satisfactoria para los que no pretendemos vaciarle en nuestro molde, absurdo harto ocu- rrente entre lectores con achaque de coleccionistas o clasificadores. Nos encontramos de manos en boca, en pleno e in- clemente desierto, con un hombre, con un caminante, y jun-

tos, cogidos de la mano, andamos varias etapas; él, hablan- do; escuchando, nosotros, casi religiosamente, sus cuitas aven- turas. No lo conocíamos antes, pero sabemos de la virtua- lidad de las amistades ocasionales. Y lo que no sabíamos nos lo hará saber y sentir nuestro ocasional acompañante, que como buen hijo del trópico es locuaz. Y en el relatar de su historia, y en el comunicar de sus inquietudes obtendrá de nosotros la hospitalidad del silencio. Empezará por hablar- nos, fenómeno natural, de los hechos y hombres de sus lares.

Nos hablará de Martí, y apenas iniciado el monólogo, se nos anticipará con este inciso: «Martí fué ante todo poeta y profeta, y no solamente apóstol. ¿Qué duda cabe ante su significación dentro y fuera del país? El intento de conver- tirlo en un santo, bueno para las celebridades oficiales, dis- minuye su esfuerzo civilizador y falsea en gran parte su es- piritu.

Y Espinoza demuestra, con algo que campa en todo su libro, que no habla por hacerlo, por simple vena de locua- cidad. Este algo es su método, no el simple botón de mues- tra sino la lluvia en cascada de pruebas de su lujurante cosecha espigada en los textos de lo mucho leído, citas es- cuetas, precisas, terminantes, sin desperdicio.

Espinoza extiende su plática para introducirnos hasta los más apartados rincones de la casa, de polo a polo del hemis- ferio. Norteamérica está aquí, soldada por el cordón um- bilical del istmo panameño. Y Waldo Frank es digno de sernos presentado, como lo han sido Martí y Mariátegui. En presencia del autor de «España Virgen», el soliloquio ad- quiere un carácter más trascendente o menos resentido de nostalgias hogareñas. Con Waldo Frank como escudo entra- mos de lleno en el campo europeo, en el plano universalis- ta. Aparecen aquí los primeros ribetes de «su» marxismo. ¿Qué clase de marxismo? Quedan pronto apartados del ca- mino los obstáculos, enojosos y repugnantes, de la social- democracia y del comunismo. Espinoza replicará más adelan- te al quizás morboso afán de encasillarle:

«Por mi formación exclusivamente literaria en los años decisivos, no he pertenecido a lo largo de un cuarto de si- glo a ningún círculo marxista, sin dejar de interesarme mu- chas veces en varios y fundamentales aspectos del marxis- mo, injustamente desdeñados por la crítica oficiosa. Tampoco he pertenecido jamás a ninguna de las fracciones en que se dividen los partidarios políticos de León Trotsky. Pero frente al trato inhumano que las grandes democracias dieron a Trotsky en el destierro, al negarle, con la sola excepción de México, el derecho de asilo que tan abiertamente brin- dan a los rusos blancos, no escatimé ocasión de reconocer su magnífica entereza moral.»

El obstáculo moscovita lo aparta Espinoza parafraseando a Gide: «La democracia (en Rusia) no existe ni dentro ni fuera del Partido gobernante. La voluntad del Jefe es indiscutible: «Pravda» enseña cada mañana lo que debe saber y creer el ciudadano soviético. De manera que, dice Gide, cada vez que uno habla con un ruso es como si hablara con todos. Lo que no indica necesariamente que cada cual obedezca a una consigna. Quien obedece a una consigna, subraya Gide con sagacidad, puede por lo menos, sentir que no es libre. Mas si se le ha predispuesto en tal forma que ya ni siquiera oye la consigna para responder a ella, el espíritu pierde hasta la conciencia de su servidumbre.»

Espinoza aprovecha el tiro para tocar al mismo tiempo a la democracia norteamericana, cuyo mayor exponente, Roosevelt, envió observadores al proceso de Moscú que quedaron trocados en ardientes panegiristas. Los polvos de aquella misión produjeron un libro y más tarde una película. Ambos delatan «la complicidad oficial de presentar en Hollywood como espías y criminales a los compañeros históricos de Lenin». Tampoco se deja seducir el autor por el historismo anticomunista. He aquí una cita alquilada a Thomas Mann, que de rebote vapulea a la socialdemocracia: «Creo estar libre de ser considerado un precursor del comunismo—hace decir al autor de «La Montaña Mágica»—. Sin embargo, no puedo menos que ver en el terror del mundo burgués ante la palabra comunismo, en ese pánico del que tanto tiempo ha vivido el fascismo, algo supersticioso e infantil, la estupidez fundamental de nuestra época. Esa palabra se parece realmente a un fantasma con que se asusta a los niños. El comunismo es el Pedro Botero de la Burguesía, exactamente igual como lo era en Alemania la socialdemocracia allá por 1880. Entonces, bajo Bismarck, era la encarnación de todo arrasamiento «sans-culottiste», y de subversión caótica. Oigo aún al director de nuestra escuela gritarnos, cuando algunos chicos traviesos de entre nosotros habían dañado una cuchillo bancos y mesas: «¡Os habéis portado como socialdemócratas!» Hoy diría: «¡Como comunistas!» Pues el socialdemócrata se convirtió entretanto en un buen muchacho que no inspira miedo a nadie.»

Seguimos, por tanto, pendientes todavía de la clase de marxismo caro a las ternuras de Espinoza. A veces nuestras sospechas se centran en el propio padre de la criatura. Pero en un ensayo sobre el culto personalista, el autor se nos hurta nuevamente: «Cierta que Marx puso en su tiempo atajo a dicha moda en lo que a él y a Engels concernía; pero sus discípulos y los discípulos de sus discípulos no se cansan de usar y abusar del doble o triple derivativo nominal. Algunos no sólo se llaman a sí mismos marxistas-leninistas-stalinistas, sino que llaman también a sus adversarios: trotskistas-zinovievistas-bujarinistas.»

No obstante, los últimos capítulos de «Conciencia histórica», dedicados a maravillarse ante el acontamiento del «Manifiesto Comunista» no dejan apenas dudas sobre el marxismo solitario de Espinoza. Este se nos muestra seducido por las barbas de «Carlos Marx, el Moro, para sus íntimos—lento, inflexible, seguro—, y Federico Engels, el General, entre sus guerrilleros—rápido, desprendido, modesto—».

Pero hay más arriba un pasaje que le cura de toda sospecha sectaria. Los conocedores adivinan instantáneamente por qué aguas está navegando.

«Algo muy parecido sucedió ya una vez dentro del movimiento de los trabajadores europeos y trajo la muerte de la Primera Internacional. Entonces fué Bakunín el chivo emisario. Se pretendió ver en el gran rebelde al culpable de todos los males. Pero la supervivencia del anarquismo ha demostrado el gran error de Marx al hacerse cargo de las acusaciones canallescas contra su primer traductor al ruso que no tenía necesariamente que ser un traidor. El retruécano rara vez encierra una verdad.»

Espinoza va más allá en su objetividad al transcribir un

testimonio de Franz Mehring. Este había intervenido como juez de paz en la discriminación de las acusaciones contra Bakunín. La cita es de la propia obra de Mehring, titulada «Carlos Marx»:

«Mi crimen, del que jamás podré redimirme a los ojos de la clerigalla marxista, consiste en dos cosas: primero en haber oído a los testigos bakuninianos y a los marxistas para exponer el pleito entre Bakunín y Marx, es decir, en haber oído a las dos partes, como es deber de todo historiador; segundo, en no haber enfocado, cumpliendo con el deber que es por lo menos el de todo historiador marxista, la historia de la internacional como una tragicomedia en la que un intrigante vil derriba a un héroe sin tacha, sino como una gran causa histórica, cuyo apogeo y cuyo ocaso sólo puede explicarse por razones y concatenaciones históricas igualmente grandes.»

Y queda todavía el rabo por desollar, interesante entre lo interesante. Lo constituye el capítulo dedicado a la «Patología de la renegación». Hay antes un trazado largo y tendido sobre la silueta de fuego de Antonio Machado. Y mentado el fuego, sólo salva de la quema, de la generación del 98, al apócrifo Juan de Mairena. Juicio un poco severo si se piensa en Galdós y pocos más; muy ajustado y hasta parco apuntando a Azorín, Maeztu y Baroja, y para con otros que tal bailan o bailaron: Ortega y Gasset, Marañón, Menéndez Pidal, Eugenio d'Ors, De la Serna, y el contumaz y viscoso Benavente, prototipo de la intelectualidad prostituida, bacilo de la renegación.

Lo que nos cuenta Espinoza de la veleidad «capitalizada» de los apóstatas de última hornada, tráfugas del marxismo y del comunismo, de los escritores «dados a dar vueltas a la chaqueta» de la noche al alba, según el soplar del viento, se puede hacer extensivo a todos los campos intelectuales. En España, en Europa y en el mundo, el panorama no puede ser más deprimente. Se pueden contar con los dedos de la mano los que resistieron a la pirueta. Si hay en el mundo predispuestos a perder la cabeza ante la menor trepidación del orden establecido, son los que más presumen de tenerla sólida. La lección de este siglo no admite réplica. Padecemos una verdadera plaga de ilustres catequizados y arrepentidos. Las idas y venidas al comunismo y del comunismo jalonan los altibajos de la temperatura política. Para señalar un prototipo la toma el autor con Curzio Malaparte: «Este fanático fascista, después de apoyar indirectamente al Vaticano como acólito de Mussolini, apoya hoy directamente al Kremlin como epígono de Stalin». Un momento más de espera y hubiera podido levantar acta de la reciente cabriola malapartista.

«Durante los últimos diez años—habla Espinoza por boca de Trotsky—la vieja generación de la intelectualidad radical estuvo sobre todo bajo la influencia del stalinismo. Actualmente (1939), cuando menos en los países avanzados, se aleja cada vez más de él. Unos se han visto sinceramente defraudados en sus ilusiones; otros simplemente han visto en peligro el buque y se apresuraron a abandonarlo.»

Y para remate de esta feria de renegados, he aquí a modo de broche o florón la siguiente anécdota: Un profesor israelita de Buenos Aires se enamora de una criolla de origen ario. Hay que contar con el padre de la criatura y éste, un teutón de armas tomar, lanza un no como una casa. Pero el pretendiente está dispuesto a no abandonar la presa, contando como cuenta con el corazón de la muchacha. Si el obstáculo es ser judío, está dispuesto a convertirse y a casarse por la Iglesia. El feroz antisemita cede al fin ante el estado lastimero de la hija: «Prefiero que te cases con un judío antes que con un renegado».

José PEIRATS

(«Conciencia histórica», por Enrique Espinoza. 207 páginas. Editorial Universitaria, Ricardo Santa Cruz, 747. Santiago de Chile.)

CRONICA CIENTIFICA

Importancia de la patología mental en el erotismo religioso



ENTRE los locos locos, particularmente entre las mujeres, pero también entre los hombres atacados de «paranoia» (enfermedad mental), encontramos frecuentemente una mezcla barroca y repugnante de erotismo y de imágenes religiosas. Son las sempiternas bodas con el Cristo, con la Virgen María, con Dios o con el Espíritu Santo; bodas en las cuales el orgasmo venéreo se combina con un coito imaginario y una masturbación real, seguidos de embarazos y de partos alucinados, alternándose éstos fenómenos uno tras otro. Estos síntomas malsanos nos dan una indicación muy precisa de la relación que existe entre el erotismo y la exaltación religiosa. Los alienistas franceses los han incluso designado con el término característico de «delirio erótico-religioso». Hemos podido comprobar que un solo paso entre la división de mujeres agitadas de un asilo de alienados, bastaba, frecuentemente, para saturar al visitante.

Se ha prestado poca atención, no obstante, a la influencia histórica inmensa que ciertas personalidades psico-patológicas, principalmente algunos histéricos y también ciertos desequilibrados o iluminados hereditarios, han ejercido en todo tiempo en los destinos de la humanidad, con mucha frecuencia mediante efectos sugestivos de concepciones sexuales y religiosas (erótico-religiosas), cuyas conexiones no han sido siempre bien definidas.

Todo psiquiatra distingue los alienados cuyo delirio se combina con la exaltación religiosa o mística y que, precisamente por el misticismo de su delirio, han ejercido y continúan ejerciendo una influencia profunda sobre el rebaño de hombres, es decir, de carneros de Panurgo (que me perdonen la expresión) que les rodea. Estos enfermos están de tal forma ellos mismos dominados por la influencia patológica de sus auto-sugestiones o de su delirio, que se prodigan con un fanatismo de fakires y dan prueba de una energía y de una perseverancia inauditas en la persecución del fin que les designan sus ideas malsanas. Por el aplomo, el sentimiento de infalibilidad y el fuego de la fe que se manifiestan en sus aires de profetas, fascinan todos los cerebros débiles y blandos de su alrededor, y les obligan a seguirles por su acción sugestiva.

Un erotismo muy humano y frecuentemente muy poderoso se asocia frecuentemente a su delirio; pero se cubre del una púrpura de éxtasis religioso, que se impone a las naturalezas sugestibles y dispuestas a la exaltación, cegándolas para las ignominias que este éxtasis encubre casi siempre.

Lo que hace tan persuasivos a estos enfermos, es que es-

tán ellos mismos persuadidos. El propio hombre normal, debería al fin saberse, se deja guiar mucho menos por su razón que por sus sentimientos. Personalidades como las que acabamos de describir ejercen una acción poderosa sobre el sentimiento, y esto mucho más por su mirada penetrante, su tono profético y dominador, su aire y toda su apariencia, que por el texto muchas veces confuso de sus discursos y de sus doctrinas.

Es así que en todo momento se producen pequeñas epidemias de contagio moral o de seducción, en las cuales un grupo de individuos se deja enloquecer por pretendidos profetas, mesías, santas, vírgenes y otros iluminados que no son más que locos o desequilibrados. Se ve incluso producirse bajo su influencia ciertas formas de enajenación mental por contagio o infección que se han designado con el nombre de locura a dos, a tres, a cuatro, y que pueden incluso adquirir forma epidémica.

Cuando el «profeta» coordina mejor en sus palabras y en sus actos, o cuando los que le rodean son aun extremadamente ignorantes o supersticiosos, el rebaño de los creyentes aumenta con mayor rapidez, y es así como se ve todavía en los países menos civilizados surgir nuevas sectas o comunidades religiosas más o menos efímeras, en cuyos ágapes el espíritu del profeta suscita a veces graves orgías sexuales.

En los pueblos de sentidos más saciados, y dotados de una cultura más elevada, se saca pronto en claro el diagnóstico del profeta y se le envía al asilo de alienados, con gran indignación de sus escasos discípulos, que son casi siempre su mujer, sus hijos y algunas cabezas débiles de relación.

Gracias a las facilidades dadas por la imprenta, se ve hoy a estos profetas publicar su nuevo sistema religioso, casi siempre a expensas suyas, y venderlo en su casa. Poseo una pequeña biblioteca de obras de ese género, que me han sido enviadas por sus autores, probablemente con el sentimiento obscuro de que un día se les pudiese tomar por locos, y para probarme por anticipado que ellos no lo estaban.

Según ellos, Dios en persona les ha revelado la nueva en la cual ellos creen, y los ha designado como profetas. Imágenes eróticas se combinan por lo general con su sistema. Uno de ellos, cuyo sistema es astronómico, divide los planetas en planetas machos y en planetas hembras. Otro, enajenado, designa en su obra sus sensaciones sexuales patológicas con el término de «contacto psico-sexual por acción a distancia». Son, estos, fenómenos que encontramos hoy a cada paso en la psiquiatría, y que son la clave de los que les siguen.

Dr. Augusto FOREL

LOS HUTERIANOS



N Eliseo Reclus, la vida de un sabio justo y rebelde, biografía de Max Nettlau, y que Vicente Orobón Fernández — quien calificó al erudito historiador de «Herodoto de la Anarquía» — vertió al idioma cervantino, véase al autor de *El Hombre y la Tierra*, admirarse durante la visita efectuada a una comunidad baptista, que en Holanda y en los albores de la presente centuria, practicaba la propiedad común de los bienes, un pacifismo radical, etc., y que por lo tanto, vivía localmente, los anhelos internacionales de los anarquistas de entonces. En los medios ácratas, a menudo, se comentó con simpatía el desarrollo y desenvolvimiento del comunismo cristiano, al margen del oficialismo y profesionalismo religioso. El mismo Nettlau, en *Der Vorfrühling der Anarchie*, anota a numerosas comunidades como iluminadas por el espíritu libertario (notablemente en su capítulo «De los carpocracianos a los hermanos del Libre Espíritu»). Louis Louvet, en *Aux Sources de l'Anarchie*, sigue la misma tesis. Sobre la misma figura de Cristo, que muchos libertarios optan por la no historicidad de Jesús, cabe decir que influye considerablemente en la idiosincracia de otros: Cristo, o mejor des anarquistas de Anibal Vaz de Melo es de ello un ejemplo. Han Ryner, conocido por el «Sócrates del siglo vigésimo», nos dice de él en su *Pequeño manual* «Jesús vivió libre y errante. Fué el enemigo de los sacerdotes, de los cultos exteriores y en general de todas las organizaciones. Perseguido por los sacerdotes, abandonado por la autoridad judicial, murió clavado en la cruz por los soldados. Es la víctima más célebre de la Religión. Los sacerdotes, luego, crucificaron su doctrina como su cuerpo. Transformaron en veneno sus enseñanzas vivificantes y sobre las palabras falseadas del enemigo de las organizaciones y de los cultos exteriores, fundaron la más organizada y pomposamente vacía de las religiones.» Existe una tendencia libertaria catalogada como cristiana: la de León Tolstoi, tal como se describe en las dos obras más meritorias estudiando filosóficamente al anarquismo, es decir, *L'Anarchia* de Ettore Zoccoli y en *Der Anarchismus* de P. Eltzbacher. J. H. Mackay en *Die Anarchisten* dice que «las enseñanzas kropotkianas y las cristianas son paralelas.» Y el autor de *Los viajes de Psicodoro* contestaba a una encuesta de *La Revue Anarchiste* de entre dos guerras: «Sed cristianos alejados de todas las Iglesias». Numerosos oradores en conferencias, escritores en las páginas de publicaciones libertarias, etc., han hecho alusiones de simpatía hacia el mártir del Gólgota. En fin, y resumiendo, el pensamiento anarquista, reivindicando también al cristianismo primitivo. Psicosis que ha motivado cierto entusiasmo impulsivo ante la realidad huteriana, tal como puede colegirse por el artículo que Floreal Villar publicó en *A Plebe* de

Sao Paulo (octubre de 1950), intitulado «Grande experiencia anarquista en el Alto Paraguay».

— * —

Empero, si estudiamos serenamente la esencia de lo que podríamos denominar el huterianismo, veremos sin dificultad que no es anarquista, ateniéndonos al sentido etimológico del vocablo acracia. La hermandad que los huterianos practican en el aspecto material, no representa la cima filosófica de su vida, sino que es una consecuencia lógica y natural, indiscutiblemente factible, de lo que ellos llaman el «Espíritu de Amor», al cual colocan allende los ámbitos antropocentristas del hombre. Para seres analíticos, es aquí donde divergen ambos pensamientos. Pero para todos cuantos se inquietan verdaderamente ante la angustia social del mundo, tal «diferenciación» es secundaria, siendo primordial la realidad huteriana. En efecto, si los anarquistas pueden presentar en sus realizaciones prácticas: los ensayos de Josias Warren (Times Stores, House of Equity, Utopía, Modern Times, New Harmony, la colonia tolstoiana White Way en Inglaterra; el ensayo individualista de Thoreau en Warren; los kolkoses campesinos de la Ukrania de Makno y el grado de perfección alcanzado por algunas colectividades agrarias en la revolución española, etc.; los huterianos tienen en su haber una práctica secular y perseverante. El impulso regenerador del anarquismo tiende hacia un problemático futuro... los huterianos, realizan presentemente sus aspiraciones esenciales.

Los huterianos se basan, primordialmente y éticamente, en el Sermón de la Montaña, que hállese diseminado en los Evangelios del Nuevo Testamento. Es de destacar, antes de proseguir que, a través de los siglos, el conformismo religioso fué su más encarnizado enemigo. La multitud religiosa «cristiana» por nosotros conocida, adoradora de Mammon (el becerro de oro) y de la iconografía de los templos, mistifica, al igual que todos los explotadores del credo cristiano, la verdadera esencia bíblica. Sobre ella puede decirse lo que Cristo expresa en la siguiente frase: «Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está lejos de mí.» (Evang. Mateo 15-8.).

— * —

Históricamente, originan los huterianos de las enseñanzas que Georg Blaurock daba en Zurich. Asesinado en el Tirol en 1529, fué sucedido por Jakob Huter — de cuyo apellido deriva el nombre de huterianos —, quien animó principalmente el movimiento. Este pionero cayó a su vez, bárbaramente martirizado el día 3 de marzo de 1536 en Innsbruck. La vida común, se formó primero en «chaushaben» (casas comunes) y luego en «bruderhofs» (caseríos campestres de hermanos). En Moravia tuvieron su asiento las primeras comunidades. Per-

seguidas y expulsadas, empezó a través de los siglos su «via crucis». Vivieron en Hungría, Transilvania, Walaquia, Ucrania, Crimea, etc. En la península del mar Negro, fundaron en 1842 los pueblos de Huterthal y Johannisruh, cerca de Melitopol. En 1877 abandonaron Rusia, rumbo a los Estados Unidos y Canadá, donde aun siguen existiendo, principalmente en South Dakota, Manitoba y Alberta. Sin embargo, los huterianos del Paraguay eran originarios de la Europa del presente siglo y su principal animador fué el doctor alemán Eberhard Arnold (1883-1935), quien fundó el 24 de junio de 1920 en la aldea de Sannerz, al norte de Frankfurt del Meno, el primer *bruderhof*. En 1927 se trasladó al montañoso Rhoen (*Rhoen Bruderhof*). Las dificultades impuestas por el régimen hitleriano, motivaron en 1934 la emigración hacia el pequeño país helvético de Liechtentein, donde se creó el Alm *Bruderhof*. Confiscado el Rhoen *Bruderhof* por los nazis en 1937, sus componentes emigraron a Holanda, en espera de poder trasladarse a Inglaterra, para integrar los *Cotswold* y *Oaksey Bruderhof* fundados en 1936, cerca de Swindon, por los miembros procedentes de los Alpes, donde el Alm *Bruderhof* finalizó en 1936. La segunda guerra mundial dificultó la permanencia de los huterianos en Gran Bretaña, viéndose obligados a emigrar al Paraguay, lo cual hicieron en diez distintos barcos, a través del Atlántico. En 1941, quedó constituida la «Sociedad Fraternal Huteriana» con sede en Primavera, 100 kilómetros al norte de Asunción y 50 al oeste del puerto de Rosario, sobre el río Paraguay. Tres son los *bruderhof* de Primavera, Isla Margarita (1941), Loma Jhoby (1942) e Ibaté (1948). Desde 1943 existe en la capital paraguaya la «Casa Huteriana», avanzada de las comunidades de Primavera (Independencia Nacional 321). En 1942, por tres miembros rezagados en Inglaterra, y primordialmente para hermanos ingleses se fundó un nuevo *bruderhof*, que sigue existiendo progresivamente (*Wheathill Bruderhof*). A causa de querer acercarse a los grandes centros urbanos, para aliviar con sus escasas fuerzas el malestar del mundo, nace en Uruguay, cerca de su metrópoli un nuevo *bruderhof*, la «Sociedad de Hermanos», cuya dirección provisional es «Colonia 1065. Montevideo».

A quienes interese «in-extenso» la historia de los hermanos huterianos, deberán documentarse en las publicaciones de *The Plough Publishing House* (Ashton Keynes Wilts. Inglaterra), principalmente con el folleto de Eberhard Arnold *The Hutterian Brothers* (Four Centuries of common Life and Work). Ediciones efectuadas por el *Cotswold Bruderhof*. Referirse asimismo a los escritos históricos en alemán de E. Arnold. En lengua germana también: *Die hutterischen Gemeinschaften* por Bertha W. Clark (Leipzig 1929), *Die Hutterer* por R. Wolk (Viena 1923), etc.

— * —

En *El Camino hacia el Futuro* (Asunción 1944), folleto de 20 páginas y en el informe dactilografiado *A nuestros amigos de la América del Sur* (Primavera 1951), los hermanos huterianos residentes en Paraguay expresan y detallan su vida en común, para lectores en lengua castellana. He aquí algunos extractos: «No hay transacciones monetarias», «no hay salario», «las necesidades de todos se suplen de una bolsa común», «no hay patrones ni empleados, según se entiende en el orden económico capitalista», etc. Primavera tiene «una ex-

tensión de 7.800 hectáreas, constando de bosques y campos subtropicales, «sólo una pequeña parte está cultivada». Numeroso ganado vacuno y caballar pace en los campos. «Cada comunidad tiene un aserradero mecánico» para las necesidades forestales. Aparte de esto se practican varios oficios, como fabricación de carros y carretas, herrería, carpintería, ebanistería, tornería artística en madera, encuadernación, zapatería, sastrería, talabartería, etc. Los niños se educan en las escuelas de la comunidad y luego se inician en un oficio determinado. Las mujeres o muchachas, se ocupan del trabajo casero, en la cocina y el lavadero, costurería, crianza de volátiles y parte del tiempo en las huertas u oficinas. Tenemos doctores, químicos, un farmacéutico, un bacteriólogo y enfermeras en un pequeño hospital, que no sólo atienden a los enfermos comunales sino a los vecinos autóctonos también. Las comidas se efectúan en común, leyéndose en ellas cartas de interés, informes, libros meritorios, etc.»

Cada *bruderhof* está a cargo de un hermano electo por la reunión común de los miembros (*semeinschaft*). El Sirviente de la Palabra, vela por la buena marcha espiritual y material de la comunidad. Las decisiones en las reuniones se orientan basadas en la unanimidad. En cada miembro y en la comunidad toda, lo que verdaderamente y básicamente hace posible la vida en común de esos 700 seres, divididos en diecisiete nacionalidades diferentes y provenientes de los credos religiosos y las teorías sociales más dispares, es el *Espíritu de Amor*, anteriormente mencionado.»

Como documentación sobre la vida material de las comunidades en Primavera, remito al lector al estudio de N. Pelham Wright, *Huterians en Paraguay*, aparecido en la revista estadounidense *Américas* (publicación trilingüe, número de abril de 1952).

— * —

¿Son los huterianos unos seres que se creen «superhombres» cual el autor de *Also Sprach Zarathustra*? De modo alguno... «Amad a vuestros enemigos — dice Cristo — bendecid a los que os maldigen, haced bien a los que os aborrecen». ¿Significan sus *bruderhof* una evasión de la lucha social? Tampoco, pues, lo que para unos es mixtificación (pretendido comunismo de los bolcheviques), sucesión de gobiernos en los Estados que perpetúan el actual caótico estado de cosas (alternativas de los partidos políticos de derecha o izquierda en el poder) o futurismo utópico de los anarquistas (sociedad libre del mañana), etc., etc., sin realizar nada de concreto y práctico, presente y perseverante, ellos lo realizan en el plano local.

Metafóricamente considerando, los huterianos no son especuladores científicos o eruditos escritores u oradores distinguidos, perdiéndose en floridas disquisiciones sobre las más variadas y teóricas causas. Ellos realizan aquella frase admirable del *Cándido* de Voltaire, cuando ante la insistencia discurridora de Pangloss, decía: «Cultivons notre jardin»... Y eso es lo que hace falta en el mundo desorientado de hoy: la realización práctica y no la nebulosidad de las más abstractas teorías.

— * —

En el epílogo de su *Vuelta al mundo de un novelista*, V. Blasco Ibáñez dice: «Todos los hombres

son lo mismo, y nuestros progresos puramente exteriores, mecánicos y materiales. Aún no ha llegado la gran revolución, la que inició el cristianismo sin éxito alguno, pues ningún cristiano practica sus enseñanzas. Lo que he aprendido es que debemos crearnos un alma nueva, y entonces todo será fácil. Necesitamos matar al egoísmo; y así la abnegación y la tolerancia, que ahora sólo conocen unos cuantos espíritus, llegarán a ser virtudes comunes a todos los hombres.» Tal declaración concuerda con la ética huteriana, esencialmente y verdaderamente cristiana. Es a una vida tal, que ellos invitan, con la cordialidad que les caracteriza, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, sin distinción racial o nacional, sin diferenciación ideológica, para que compartan periódicamente su vida práctica, con el fin de ver, si la realidad que los huterianos practican es la que ellos tienen en sus ensueños, tendientes a escapar de la asfixia de un mundo belicista a ultranza y cuyas piedras angulares son el dominismo y el esclavismo.

Los huterianos exponen su ideología por persuasión y aun sus niños están libres, si tal es su razonado deseo, de engrosar el mundo capitalista, al llegar a la edad adulta, en vez de pasar a ser miembros definitivos de la comunidad.

He aquí sus direcciones:

EUROPA.

Society of Brothers. The Wheathill Bruderhof. Bromdon Farm. Burwarton. Bridgnorth. Shropshire. INGLATERRA.

AMERICA

Casa Huteriana. Independencia Nacional, 321. Asunción, PARAGUAY.

Sociedad Fraternal Huteriana, Alto Paraguay. PARAGUAY.

Sociedad de Hermanos. Colonia 1065. MONTEVIDEO.

Vladimir MUÑOZ

— * —

Post Scriptum. — Este estudio, incompleto y deficiente en cuanto a información, sólo tiene por fin, el hacer conocer objetivamente la realidad que los huterianos practican. Si algún lector o auditor, de sensibilidad libertaria, desea conocerla, el autor dáse ya por satisfecho.

LAS UTOPIAS

Una ojeada a la vida en Tierra Libre

AÑO 2040

«Nuestro afanoso pensamiento escogerá todas las formas
[gloriosas]

Para hacer esta tierra, nuestra casa, más bella,
Y la ciencia, y su hermana la poesía,
Cubrirán de luz los campos y ciudades de la libertad».

Percy Byssche Shelley.
(The Revolt of Islam).

I

«Allí está la Gran Ciudad».—Whitman.



El mundo sonreía. El sol brillaba para toda la humanidad. La gente, sobre toda la tierra, marchaba sin miedo, jovial, a sus ocupaciones diarias con alegría en sus corazones y la bondad brillando en sus ojos. La edad de la oscuridad y de la miseria había desaparecido, y el género humano, al final, se había dado cuenta, y comprendido en su diaria rutina de vida, de los ideales de todos aquellos que en el pasado habían luchado por la felicidad humana. Esto pasaba sobre toda la tierra, sin distinción de raza o de país, dondequiera vivieran los hombres.

Un viejo que aparentemente había sobrepasado los ochenta años, se sentó en un banco de London Bridge. Una joven de unos veinte años aproximadamente y un joven de la misma edad que la muchacha, se sentaron a su lado. A pesar de su edad, el viejo daba muestras de una fuerte constitución física y gran vigor, y miraba con muestras de gran curiosidad sobre el escenario local.

—Abuelo—dijo la muchacho—me gustaría saber de us—

ted la historia de su vida, cuando usted salió de Londres hace ya muchos años, cuando era joven y quedó abandonado, aislado de su familia en aquella isla del Pacífico.

—Lo sabrás—contestó el viejo—, pero antes quiero saber de ti algunos detalles sobre los cambios maravillosos que se han operado en estos alrededores, los cuales la gente de mis años de juventud, creían imposibles. En este lugar, como he visto, todo lo que queda de los edificios de esos días, son la Torre de Londres, el Puente de la Torre, el Puente de Londres y la Catedral de San Pablo; y algunos otros, los cuales suponga se consideran monumentos históricos. Las feas y congestionadas masas de ladrillos han desaparecido; en su lugar se han construido buenos y bellos almacenes, muelles, desembarcaderos y paseos. En su conjunto, una vasta alteración en el mejoramiento de la localidad. Me doy cuenta también, que el odioso puente del ferrocarril de la cercanía ha sido transformado en apariencia, y se agrega a la dignidad general del distrito.

—Sí—dijo el joven—la mayoría de los inútiles «negocios», como se les llamaba, finanzas, banca, seguro, etc., han caído en desuso en las condiciones presentes; turistas de todas partes del mundo afluyen aquí y quedan encantados por las cosas que se ven en esta famosa y vieja metrópoli. La población residente se ha incrementado considerablemente, y se encuentra empleada en industrias útiles, las cuales les ata a la ciudad, así que, a este respecto, una vez más vuelve a vivir de acuerdo con su antigua historia. Todos nuestros puertos marítimos han sido trasladados hacia el interior y con el tiempo cambiados; todavía son muy concurridos por mercancías y viajeros. El comercio, por el mero provecho monetario ha desaparecido, y en su lugar existe un comercio potente con muchos otros países. Puede ver una porción de barcos moviéndose, como en otros tiempos, pero de mejor diseño y construcción mejorada para afrontar los peligros de los mares y los océanos.

«Cerebros y músculos han dejado de ser símbolo de diferentes secciones sociales, porque hoy día todo el mundo comparte la variedad del esfuerzo social. Educación y conocimiento es compartido por todos; así el máximo de habilidad mental y física y el genio de todo el mundo encuentran su expresión en todo lo que se realiza.

—¿Quieres decir que los individuos trabajan con altruismo por el beneficio de los otros?—dijo el joven.

—No—contestó el joven—. El altruismo no se puede decir que entra dentro de la cuestión. Todo lo que reporta gozo y confort a la vida es compartido por todo individuo por igual. Por «igual» no quiere decir que a cada persona se le da una libra de una misma cosa o algo parecido. Esa es una opinión en desuso, excepto en casos de excepcional dificultad, como naufragos, etc. El acomodo es, creo, un buen ejemplo de lo que digo. Cada cual necesita, y debería tener, una buena vivienda, una casa, y no estar expuesto a ser puesto en la calle por cualquiera, cuyo solo interés en la «propiedad» es de sacar lo que se acostumbraba a llamar renta de ella. Palacios, mansiones, fincas y barrios obreros han tenido sus días y han dejado de existir. Y como usted puede ver mirando alrededor, los edificios de toda naturaleza son agradables y hermosos a la vista de todo el que los mira. Los interiores también ofrecen el más cuidadoso aprovisionamiento para el confort y necesidades de los habitantes. Tampoco son todos de un mismo y lúgubre estilo. A través de nuestras ciudades y pueblos existe una gran variedad de diseños arquitectónicos, y todo se construye para que dure, así como para la comodidad y belleza. Los gremios libres y sindicatos—o uniones—de arquitectos, albañiles y otros trabajadores han realizado lo que habría parecido ser un milagro, nada menos, para la gente de hace cien años. La comunidad está compuesta de individuos, y como cada individuo tiene igual derecho a gozar del beneficio de la riqueza común, la obra útil o servicio con el que cada uno contribuye al depósito social, se beneficia de ella cada cual a su vez. Así el individuo y el interés común están hoy día completamente armonizados. A todos nuestros

esfuerzos, mentales o manuales se les pueden aplicar las palabras de Shakespeare referentes a la «calidad de misericordia»: son «dos veces benditas»; «bendicen al que ofrece y al que toma».

Y, en verdad, la gente no podía soportar el ver las innecesarias y evitables necesidades y sufrimientos humanos, entre la abundancia o marchando juntos con la posibilidad de producir en abundancia para todos. Tampoco se acepta hoy la tarea estúpida y esclavizadora. El trabajo debe ser —y con nosotros es—acompañado por la inteligencia, interés y orgullo en la cosa que se hace. Las fortunas privadas no andando juntas con la privación. La próspera comunidad, en la que todo mundo tiene derecho a participar, es el triunfo social más grande de todos los tiempos.

II

«El lugar para ser feliz está aquí.

El momento de ser feliz es ahora.

El medio para ser feliz es hacer felices a los demás».

R. G. Ingersoll.

—Aparentemente—dijo el viejo—juzgando por la salud y la forma libre de desenvolverse la gente que yo he visto en la ciudad de Londres y en Southwark, no hay duda del éxito. Los planos de los edificios, bien contruidos y todos ellos con jardines y árboles a sus alrededores, tienen que tener un efecto formidable sobre la mentalidad y físico de los habitantes. Pero éstos—para mí sorprendentes cambios sociales—han debido necesitar una gran descentralización en los métodos de industria, etc.

—Tiene usted razón—contestó el joven—. He ahí dónde la ciencia e invenciones han venido en nuestra ayuda en todo su poder. El reino del Viejo Rey Carbón y Gasolina ha terminado. Ambos se emplean todavía con moderación, pero la comunidad no depende irremisiblemente de ellos. No solamente se ha usado la fuerza natural del agua para la provisión de la energía eléctrica—para calefacción, alumbrado y fuerza—en todo el país, sino que la ciencia eléctrica ha hecho progresos admirables en descubrimientos. Hemos desechado esas grandes instalaciones centralizadas que proveían a cientos de millas cuadradas de luz, calefacción y fuerza. Centros mucho más pequeños están ahora en función, e inquilinos de casas individuales pueden producir toda la energía que ellos requieren por medio de aparatos que necesitan poca atención. Miren los vehículos que pasan frente a nosotros; casi todos movidos eléctricamente, y usted notará la superioridad sobre los vehículos de sus días. Esto ha llegado a ser posible porque la nueva perspectiva social, es la de servir a las necesidades e intereses humanos, y no los de los «negocios» como se acostumbraba llamar, con objeto de enriquecer a mucha gente obtusa y egoísta. El mundo de la ciencia mecánica ha surgido como si hubiese estado «inspirado» por los más vastos y altos fines del momento, y ha respondido noblemente. Lo mismo ha ocurrido a través de toda nuestra industria, con resultados fenomenales no imaginados previamente.

—Hablando sobre la industria—dijo el viejo—¿cómo se desarrolla hoy? Seguramente tienen a cargo de ella hombres y mujeres excepcionalmente listos y capaces, armados con drástico poder para llevar la obediencia a sus planes y dictados.

No—contestó el joven—ese método es del todo anticuado e innecesario. Tampoco sería tolerado. Se sabe muy bien de los horrores propios de tal sistema en tiempos pasados. Además de lo dicho, existe una educada inteligencia técnica y en la comunidad hay además un gran deseo por mayores beneficios sobre el trabajo realizado, sólo la gente moralmente débil es capaz de no sentir simpatía por lo hecho. El genio común es suficiente, pues no hay barrera para ningún desenvolvimiento individual. Por tanto, no debe

juzgar lo hecho ahora como si esto ocurriera en las condiciones desfavorables de los viejos tiempos. Si la tripulación necesita ayuda no necesita forzar a nadie para que le ayude. Tampoco es necesaria la persuasión, por la violencia o subversión, en la libre comunidad de hoy. Todos ganamos con el progreso conseguido. No hay clase baja que no comparta las mejores ventajas de la vida civilizada. Tenemos nuestros genios, hombres y mujeres, claro está, pero en cada taller o lugar donde se realiza un esfuerzo productivo, hay consejos de obreros, compuestos por todos aquellos que trabajan juntos. También, cada profesión y ocupación tiene su asociación nacional, sindicato o unión, que promueven o fomentan un nivel mucho mayor de rendimiento y beneficio social. Estos núcleos son numerosos en la industria, pero son solamente parte del vasto organismo administrativo existente. Esto no quiere decir que tengamos una enorme burocracia profesional. Se halló práctico y extremadamente necesario el prescindir de ese mal. Esto fué realmente un elemento parásito y privilegiado. Así hay un grado superior de coordinación de todos nuestros esfuerzos sociales e individuales. Pero trataré de decir algo más acerca de estas cosas cuando vengamos sobre otra fase importante de nuestra vida.

—Muchas gracias—dijo el viejo—. Pero ¿cómo se las arreglan ustedes para proveer de materias primas a vuestras fábricas o adquirir los artículos de producción extranjera?

—No tenemos inconvenientes sobre eso—dijo el joven—. Los articulados de fabricación británica tienen una gran reputación por todo el mundo, por su buena calidad y acabado. Si nuestro interés fuera el comercio, podríamos exportar mayor cantidad de la que exportamos hoy. Hay una gran demanda de nuestros artículos por los otros países, y nuestros consejos de cambio internacional encuentran muy pocas dificultades. El espíritu de justicia en estos asuntos ha sido contagioso y ha creado una confianza mutua entre las naciones.

...

III

«El bienestar para todos no es sueño. Es posible, realizable, debido a todo lo que nuestros predecesores han hecho para incrementar nuestro poder de producción.»

Pedro Kropotkin.

—Pero ¿cómo lo pasa la gente de los distritos rurales?, preguntó el viejo.

—Allí, como en las manufacturas, ha habido una serie de cambios maravillosos—dijo el joven. Pero para comprender las circunstancias existentes, debe saber que la tierra no la posee ya la gente en propiedad privada, una frase que significa realmente que ésta se usaba como un castigo para la comunidad. Incluso los productos del subsuelo, el carbón, el hierro y otros minerales, eran antes de los propietarios de la superficie. Por qué se toleró tanto tiempo tal pretensión, es hoy incomprensible para nosotros.

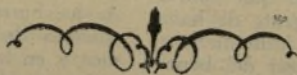
La tierra es indispensable para todos—añadió el joven—.

Ningún hombre la ha hecho. La comunidad estaba obligada a insistir sobre el amplio y libre acceso a ella, y también por el control sobre la misma. Sólo en ese sentido ha sido posible trabajar la tierra de una forma eficiente, para el máximo rendimiento y para el bienestar de todos. Esta bella y fértil tierra produce ahora una cantidad suficiente de cereales, frutas y verduras para alimentar adecuadamente a la población. Eso ha sido alcanzado por medio del cultivo intensivo, como fué propagado por un famoso propagandista de las nuevas condiciones sociales llamado Pedro Kropotkin en el siglo diecinueve. Y porque en todas nuestras aldeas y ciudades hay grupos cooperativos de producción, compuestos de todos los trabajadores rurales, quienes controlan todo el trabajo que se lleva a cabo. Hoy, todo el mundo conoce no solamente el valor, sino el arte de la agricultura. Por tanto, la vida de la aldea es completamente diferente a la de los días pasados. No hay enfermedades contagiosas; la provisión de agua y la sanidad son como deben ser. La razón es que las gentes en estos lugares gozan el derecho y están facultadas para proveerse de estas cosas por sí mismas y no tienen por qué pedir permiso a las autoridades y propietarios como en los viejos tiempos. Naturalmente, no siempre obtenemos el máximo rendimiento de la tierra. Pero los métodos modernos de almacenaje permiten a la comunidad proveerse contra la escasez o pérdidas en cualquier año, y así gozar completamente de la bendición de la naturaleza cuando ésta recompensa el trabajo de los hombres con mano liberal. No hay disturbios por un exceso de producción; y las carestías están pasadas de moda debido a la amistad internacional y a la ayuda mutua libremente prestadas. No estamos desprovistos de relaciones con los otros pueblos. Al contrario, enriquecemos todos nuestras vidas con muchas más cosas útiles, servicios públicos y artículos de lujo. Las demás naciones no van atrasadas en estos aspectos, y los principios de sociabilidad y cultura, las bases de la vida civilizada, están llevando al género humano hacia la realización del más noble ideal social. La práctica del buen sentido y la habilidad de todos aquellos directamente interesados hace posibles estas cosas.

En todas estas cosas la experiencia del gran Movimiento cooperativo ha sido de una ayuda inmensa. Ella permite a la gente pasar de una forma más fácil y natural a la Comunidad Cooperativa libre, aunque, a lo primero, mucha gente de ese movimiento, más bien de una forma tímida, veían la oportunidad de llevar a cabo el cumplimiento de sus mayores esperanzas. Pero estos tiempos han pasado, de más en más se ha comprobado ser posible y muchas ideas que han sido consideradas como meros sentimientos han llegado a ser desde entonces acá hechos prosaicos en la vida ordinaria. Se ha llegado a creer que no hay límites para lo que se puede hacer por medio de la libre e inteligente cooperación. En vez de confiar en los planes y esfuerzos de los hombres ambiciosos, que pretendían conducir, dirigir y gobernar, la experiencia ha enseñado a la gente que su propia acción directa es el mejor camino para llegar a realizar las mejores cosas.

El terrible sentimiento de debilidad y futilidad que invadía los cerebros de millones de hombres y mujeres durante siglos, ha pasado ya para siempre, y la vida puede ser moldeada ahora más en consonancia con los deseos del corazón.

(Continuará.)



El calvario de LUDWIG VAN BEETHOVEN



LUIS CAPDEVILA es autor del libro cuyo título encabeza estas páginas. Refugiado en Francia por haber luchado en España en defensa de la libertad. Su personalidad artística está reconocida en todas partes. Es entusiasta Beethoveniano y llegó a poseer una de las documentaciones, del que es su idolo, más completas del mundo. La redacción a que nos referimos fué la labor difícil para apartarse de cuanto se había hecho hasta el

presente y adoptó una forma dialogada, dividida en cuadros, que le da un calor evocativo y emocionante de alta literatura y humanidad, sólo comparable al maravilloso estilo del admirable Andersen en su obra inmortal, «33 Claros de Luna».

Dos cuadros condensados de dicho libro nos darán idea de la valía de su autor, de la grandeza de su protagonista, y de los móviles que nos han impulsado a que figure en una de las páginas de esta benemérita publicación que no son otros que su ternura, su elevación espiritual y su belleza.

IMAGEN XLIII

La gran sala del Teatro de Viena, el 7 de mayo 1824. Va a tener lugar la primera audición de la Novena Sinfonía. En la escena, el director Umlans, la orquesta y Vos coros. El director anuncia que Beethoven estará a su lado pero que no le miren los artistas, que estén atentos a su batuta, solamente a su batuta.

La familia imperial aparece en su palco y es saludada con las tres salvas de aplausos de rigor. Los músicos requieren sus instrumentos. Un gran silencio reina en este momento y Beethoven aparece. Esta vez, el público de pie, le saluda con cinco salvas de aplausos, lo que hace que ciertos cortesanos lamenten que, el público irrespetuoso e insolente, ha aplaudido con más calor al artista que a los príncipes. Se hace de nuevo el silencio y la audición tiene lugar sin ser oída por su autor. Es coronada por una serie de ovaciones, y amigos y artistas rodan al portentoso sordo.

Beethoven, al Director: —Entonces, ¿cómo ha ido esto?

El director, sirviéndose del cuaderno de conversación escrito: —Magníficamente, Maestro. Los músicos y los cantantes han puesto todo su entusiasmo y todo su talento en la ejecución.

Beethoven: —Vd. les dará las gracias de mi parte..

Varios personajes le felicitan calurosamente.

Un joven vestido humildemente, avanza con timidez: —¿Quiere usted permitirme, señor Beethoven, estrecharos la mano?

Beethoven, sin haber oído: —¿Cómo?

El hombre joven: —Yo soy un hombre del pueblo, uno de los que os aman más y os admiran. Mi madre murió hace poco y yo estoy solo y triste. Vuestra obra musical me ha emocionado porque me ha recordado a mi madre. Y yo vengo a daros las gracias.

Beethoven, que, por verle humildemente vestido, domina su impaciencia: —Yo no oigo, estoy sordo.

Uno de los amigos del Maestro, escribe en una hoja del

papel que da a leer a Beethoven. Este, después de haber leído, abraza y besa al desafortunado con intensa emoción, y dice: —Soy yo quien debo daros las gracias. Vuestros sentimientos, joven, valen tanto o más todavía que mi música.

Los amigos se separaron del Maestro. Los músicos y cantantes se colocaron tras sus pupitres. La Novena Sinfonía prosigue. El público escucha con entusiasmo, con emoción, con fervor, incluso con lágrimas.

La ovación es frenética. Beethoven no se da cuenta que la obra ha terminado, de espaldas al público, continúa dirigiendo. Una de las artistas avanza, le toma suavemente por el brazo y lo hace volver hacia los que le aclaman. Beethoven, muy pálido, emocionado hasta lo más profundo de su ser, saluda sin parar...

IMAGEN XLV

1825. — La lóbrega vivienda que la viuda de Smoll habita en los arrabales de Viena, es una pieza estrecha, húmeda y triste, más honda que la calle a la que se desciende por tres o cuatro escalones. Ella es única y hace de comedor, salón, cocina y alcoba. En un rincón, la cama. Al centro, la mesa. Lo demás son los restos de un esplendor pasado: un retrato de la señora Smoll cuando joven, un sillón dorado y un piano.

Sobre la mesa el ataúd en que yace el hijo de la señora Smoll, un niño con el cabello rubio y la faz marfileña. A sus pies, un ramo de flores. Alrededor del ataúd dos bujías y los juguetes del niño.

La viuda Smoll, una mujer joven todavía, pero envejecida por los sufrimientos y la miseria, sentada en una silla, llora desesperadamente, silenciosamente.

La viuda Smoll, la voz entrecortada por los sollozos y las lágrimas: —¡Mi pobre pequeño! ¡Mi hijo querido! ¡El era mi alegría, la única chispa de luz y de tristeza, Señor! ¿Por qué me has concedido el consuelo de un hijo si yo había de sufrir el tormento de perderlo? La riqueza y el bienestar hubieron barridos por la guerra. Nuestro apacible hogar se hundió. Sola y pobre, tuve que refugiarme en esta mazmorra. No me quedaba más que tú, único tesoro que no había perdido en la tormenta, y ahora, tú me dejas también.

(En la calle se oye la voz de un mendigo que canta acompañándose de un instrumento).

La voz del mendigo (cantando):

Coronada de rosas y de jazmines,
He aquí la hermosa Primavera...

La viuda Smoll: —Mi pobre hijo estaba pálido, anémico, no contaba lo necesario porque yo trabajando mucho, no ganaba lo suficiente... ¿Cómo estaré, sola sin ti? Tus ojos azules como el cielo de primavera ya no los veré más, y tu boca cuyos besos eran de una ternura infinita, ahora besará la tierra.

(La puerta de la calle se abre y aparece Beethoven. Se detiene un momento y contempla la escena, se quita el sombrero y entra. La pobre mujer le mira admirada. En los ojos

de Beethoven hay un fulgor de tristeza y de impotencia ante el mal irremediable.

Se aproxima al cadáver del niño y le estampa un beso en la frente. La viuda Smoll, le reconoce y murmura: —Es el señor Beethoven...

(Beethoven percibe el piano y se sienta ante él. Lo abre sin proferir palabra, deja hablar a sus manos, en una de sus maravillosas improvisaciones).

La pobre madre comprende el emocionante y delicado tributo que el mismo rinde a su hijo, y llora silenciosamente, traspasada por una dulce angustia.

Cuando Beethoven acaba, detiene el piano, deja un puñado

de monedas — todas las que tenía en el bolsillo — sobre la mesa y sale como entró, sin decir una palabra.
En la calle se oye de nuevo la canción del mendigante.
La voz del mendigante:

Coronada de rosas y de jazmines,
He aquí la hermosa Primavera...

Por la traducción y la interpretación y prólogo:

Alberto CARSI

JULIO VALLES



ALLES Seis letras; un nombre. Un nombre que suena y cuyo eco persiste a través de la ridícula algazara de la época. Una figura que alcanza gran relieve por la tenacidad febril con que defiende una idea, por la enérgica aspereza de su carácter entero y por la fiera independencia de su pensamiento batallador.

Julio Vallés nació en Puy el 11 de junio de 1832. Era hijo «de un seminarista y de una religiosa», pero ignora quien le dió el pecho. «Viene al mundo—dice—en una vieja cama de madera, llena de chinches de aldea y de pulgas de seminario.»

La norma de la conducta de su madre era no acariciar jamás a los niños. En cambio les obsequiaba con sermones y con azotes. De éstos llevó con creces su parte el pequeño Vallés. «No he sido nunca—escribía al narrar su infancia—acariciado, besado ni mecido.» Este recuerdo doloroso le impresionaba fuertemente y lo evoca en «El Niño», primer volumen de esa trilogía que constituye su «Jacques Vincstras». Su madre, que era enemiga de los mimos, se consideraba en el deber de azotar cada mañana, sistemáticamente, a su hijo. Si surgía algún obstáculo, los azotes quedaban aplazados hasta el mediodía. Pero no se llegaba ni excepcionalmente a las cuatro de la tarde sin que se oyera el ruido de los golpes y los gritos doloridos del pequeño Vallés. Una buena mujer, vecina de la familia, se apiadó de él. Sirviéndose de una estrategia ingeniosa, tomó a su cargo el diario trabajo de la madre. Y la madre, oyendo los golpes—que la buena vecina protectora se prodigaba en las manos y en las piernas—y los simulados lloros de la criatura, se quedaba convencida de que a su hijo se le había ya aplicado el ordinario correctivo.

La infancia de Vallés se desarrolló en la atmósfera gris de un hogar de la clase media. Habitaba en una barriada sucia. Su amigo de la infancia era el hijo del carcelero, y con frecuencia el patio de la cárcel era teatro de su esparcimiento. Lo encontraba alegre, porque había árboles y podía bromear

con los presos viejos. En su casa era desconocida la risa. Su madre refunfuñaba siempre.

Vallés tuvo la triste eclosión de los niños predeterminados que se ahogan bajo la mezquindad de sus padres, gritando la angustia de sus almas y presintiendo que se puede vivir libre y armoniosamente sin la tutela de la mediocridad y sin la férula de la cobardía.

Su entrada en la escuela es considerada por él como una liberación. Después viene el Liceo repugnante, «que suda tinta y aburrimiento», y le oprime el corazón la idea de encerrarse diariamente hasta las ocho de la noche. Su padre, que es profesor, dirige los estudios.

La infancia de este hijo de un galeote de los colegios, a quien se prohíben los juegos, corretear al sol, los ejercicios sanos y las diversiones propias de su edad, resulta extraña. No le queda más recurso que aislarse y soñar lejos del pequeño mundo que le rodea y se divierte. Aquello es como un aprendizaje del destierro que sufrirá más tarde, cuando sus escritos y su conducta le convertirán en un indeseable.

Su padre quiere destinarle al magisterio. Vallés quisiera ser labrador. Adora los trabajos del campo. Le entusiasma atar gavillas, amontonar hierba, recoger leña. Le atrae ofrecer su vigor juvenil al trabajo de la tierra.

Ello provoca un conflicto, ya que sus padres quieren hacer de su hijo «un señor».

Hasta que sea bachiller, Vallés, harto de griego y de latín, sufrirá en silencio su... alborada gris. Y más tarde, cuando escriba «El Niño», pondrá en la cabecera de su libro esta dedicatoria elocuente: «Dedico este libro

A cuantos reventaron de aburrimiento en los Colegios,

O que la familia hizo llorar.

A todos los que fueron tiranizados por sus maestros en la infancia

O azotados por sus padres.»

Oero Vallés no quiere ser bachiller; quiere ser obrero.

¡Libre! ¡Libre! Jacques Vincstras es libre. ¡Qué

significado alcanza en este adolescente de 17 años esta palabra mirífica? Significa ser dueño de su palabra, de su silencio y de sus gestos. Significa abandonar la cuna y los pañales.

Vallés marcha a París. Allí las aventuras, los encuentros y los peligros llenan su vida de estudiante. Lee a Proudhon; devora a Michelet; odia a Beranger y a todos los farsantes que ponen en canciones las esperanzas del pueblo para hacerse con ellas un nombre... Entre los jóvenes se trata de publicar un periódico. Todo está ya preparado, pero se produce el golpe de Estado del 2 de diciembre. La República ha muerto. La policía vigila y aprieta. El padre de Vallés, inquieto por lo que él llama las extravagancias republicanas de su hijo, y temiendo perder su posición, le llama al pueblo. Venido y encolerizado, el joven rebelde esperará ser mayor de edad para regresar a París.

En el pueblo la vida de antaño principia nuevamente para él. Permanece allí algunos meses.

Emancipado ya, vuelve a París. Pero su París ha muerto; no reconoce la ciudad; el miedo y las confidencias reinan; la vida es triste; se han apagado todas las llamas. El Imperio triunfa.

Vallés da lecciones. Hay que vivir. Estando de secretario tiene que consagrarse a menesteres de doméstico. Se ve obligado a recorrer las redacciones, donde sus artículos son rechazados groseramente. Pasa hambre, pero no bastante para morir. La dedicatoria de su segundo libro, «El Bachiller», resume en pocas líneas este periodo de su vida:

«Dedico este libro

a los que alimentados de griego y de latín,
han muerto de hambre.»

Pero Vallés pertenece a una raza obstinada, tenaz, enérgica. Es un auvernés que quiere vencer para vivir. Y no rehuye jamás la lucha. Quien lea «Jacques Vincetras», donde describe maravillosamente las tres épocas de su vida. «El Niño», «El Bachiller» y «El Insurgente», le verá tal como era en realidad. Vallés aparece retratado de una manera perfecta en esa inmortal obra maestra cuya radiante vitalidad sorprende y emociona. Y entonces se comprende que haya influenciado a dos generaciones de escritores.

Al publicar: «El Insurgente», lo dedicará: «A los muertos de 1871. A todos los que, víctimas de la Injusticia Social, tomaron las armas contra un mundo mal organizado, formando bajo las banderas de la Comuna, la Gran Federación del Olor.»

Tomó parte activa en este gran movimiento. Estuvo en las murallas de París con los guardias nacionales y con los trabajadores que luchaban contra los versalleses. Fué elegido miembro de la Comuna. Después de la derrota y la capitulación pudo escapar a la muerte que le acechaba, refugiándose en

Londres, donde permaneció unos años viviendo en la miseria más espantosa. Es allí, en las frías buhardillas de la inmensa urbe, donde escribió «El Niño», esa obra maestra que emociona profundamente a cuantos la leen.

Remy de Gourmont, el autor de «Sixtine», en sus «Nuevas Disertaciones» prodiga este magnífico elogio a Vallés: «...Al menos si fué siempre un poco áspero, fué también siempre sobrio y siempre pulcro, hasta viviendo en la miseria».

A su «Jacques Vincetras» siguieron otros libros, como «Las Blusas», «La Calle», «La Calle de Londres» y «El Hijo del Pueblo», que son, exceptuado el primero, que es una novela, compilaciones de artículos publicados en la Prensa de la época.

Principió con su libelo sobre «El Dinero», que es la historia de los bolsistas, en el que aparece ya Vallés, el crítico cáustico y mordaz que, según recuerda Máximo Rude en «Souvenirs», lanzaba sus requisitorias implacables y sus anatemas demolidores en las galerías del Odeón y en ciertos cafés, por medio de frases apasionadas y de pensamientos alucinantes y arrebatadores. Poco a poco su obra se hace copiosa, guardando siempre fidelidad a las ideas que marcan su punto de partida. Y finalmente la enriquece con «Los Refractarios».

Bernard Legache quiso, con motivo del centenario del nacimiento de Julio Vallés, satisfacer «el deseo secreto de su corazón, levantando a sus dioses familiares, como hacían los antiguos, el altar de su fe». Y gracias a él han salido de las carpetas polvorientas varios manuscritos inéditos y otros ya publicados, como «Memorias de un estudiante pobre» y «Un gentil hombre», que conservaba cariñosamente Severine...

Hay que leer a Vallés. Hay que leerle, en primer lugar, porque la obra de ese soberbio inadaptado, hecha de iracundia, de ironía y de generosidad, constituye uno de los más bellos monumentos espirituales del arte literario francés. Y luego hay que leerle porque leyéndole todos los hombres reciben una lección directa de energía, de entusiasmo y de prudencia, al propio tiempo que ven reflejados sus amores, sus odios y sus íntimas desesperaciones en cuanto escribió.

Leyendo a Julio Vallés nos damos cuenta de que, salvando excepciones, cuantos explotaron su cadáver para fabricarse un prestigio, todos los que hablaron o escribieron acerca de su obra son indignos de pronunciar su nombre y de saludar los pensamientos que animaron a ese escritor prodigioso.

Vallés no es de los suyos. Fué un escritor del pueblo y al pueblo pertenece...

Hem DAY



LOS RETRASADOS PEDAGOGICOS



QUE dicho ya, que el niño diagnosticado como retrasado pedagógico, no es un débil mental ni menos aún un anormal. Es simplemente un espíritu en evolución que no sigue el ritmo de sus compañeros de clase y edad.

Las investigaciones de varios psicólogos con la valiosa experiencia de muchos educadores, han convenido en admitir un grado de desarrollo intelectual y anímico para una edad determinada, sin que este grado

sea rigurosamente proporcional a la edad fisiológica. En general, tomando como tipo de comparación un patrón de medida, un programa preestablecido, y que haya sido asimilado por la mayoría de los escolares para quienes se redactó, podemos diagnosticar, con bastantes probabilidades de acierto, como retrasado al sujeto que no alcanza a dominarlo en el tiempo medio que lo consiguieron sus condiscípulos.

Especialistas en psicología infantil aplicada, nos han dado con el nombre de «test», un medio suficiente aproximado para medir el proceso evolutivo de la inteligencia infantil. Con todo, el interés del maestro no tardará en descubrir los retrasados que, poco a poco, pierden velocidad, se muestran perezosos, distraídos o abúlicos.

Puestos ya ante el caso de un o unos retrasados pedagógicos, interesa de antemano averiguar las causas. No es aconsejable buscar soluciones sin antes haber hallado las causas que produjeron los efectos. Las que operan o han operado sobre el retrasado pedagógico, raramente lo hacen aisladas; en general y de un modo muy general, actúan simultáneamente. Por ser múltiples difícil es para el maestro descubrirlas todas; no obstante salta a la vista que todas tienen dos orígenes; ajenas al individuo o propias de él.

Por orden de importancia señalemos la ORGANIZACION DEFECTUOSA DE LA ESCUELA. Al colocar, por ejemplo, un escolar en el grado tercero por la simple razón de que tiene cumplidos sus diez años, es proceder, en la importante tarea de la clasificación escolar, con los ojos vendados. Recordemos que en algunos casos (en todos, tratándose de retrasados pedagógicos) no existe correlación ni paralelismo entre las edades mental y fisiológica. El niño que reciba una instrucción mayor o menor que la que su edad mental pueda soportar, será antes de finalizar el curso escolar, un retrasado.

En los medios rurales donde el maestro lo es del niño desde su entrada en la escuela hasta su salida, la clasificación le es más fácil llevarla a cabo con acierto y por ende dosificar la enseñanza, labor ésta de capital importancia. Por el contrario, en los medios urbanos, muy a menudo se encuentra el maestro con alumnos nuevos de los que ignora por completo el historial escolar. Muy saludable sería que un informe acompañase al niño en sus cambios y en el que sus anteriores maestros hubiesen hecho constar cuantos datos fuesen útiles al nuevo maestro. Falto de datos sobre el recién ingresado, acuciado por la clasificación que algunos pueden creer es perder el tiempo, cuando en realidad es un tiempo ganado, se suele cometer el error de iniciar el curso con una deficiente cuando no pésima clasificación.

En los colegios donde impera la pedagogía mercantil, en esos colegios donde la educación de los niños es ante todo

y por todo un negocio financiero, es habitual en los directores, cuando temen fracasos en los exámenes, dejar al candidato en un grado inferior, o bien, y obedeciendo a solicitudes, para contentar a los padres no dudan en colocarlo de un salto en un grado superior. El resultado infalible es un aumento de retardados y retrasados. ¡Qué importa si el balance financiero acusa superávit!

Otra causa muy importante, esto está fuera de duda, es la FALTA DE PREPARACION PROFESIONAL. De ningún modo se sirve mejor una causa que con la verdad. Digamos, pues, que muchos maestros, carecemos de una formación pedagógica suficiente para hacer frente y solucionar los numerosos problemas que la población escolar nos presenta; problemas tan variados como abundantes. Y es que también el maestro es un producto manufacturado del Estado y, a los Estados interesa la formación de hombres que resuelvan los grandes problemas, diplomáticos, sociales, económicos, de guerra y paz; pero los pequeños problemas como los que aquí tratamos, no tienen valor para el Estado y su solución bien puede confiarse a hombres de formación profesional deficiente. ¡Qué más da unos miles más o menos de niños camino hacia la ignorancia o, lo que es peor, hacia la delincuencia! En vez de atajar el mal social que es la ignorancia, con maestros de formación pedagógica lo más completa posible, tratará de atajarlo con cárceles. Generales y técnicos lo más completos en armas las más modernas, oradores políticos, predicadores sagrados, jefes de partidos y sin partir, estadistas, diplomáticos. Estos hombres necesita el Estado y a todos ellos procura superarlos en su formación profesional. ¿Para qué bucear en el alma infantil? El retrasado que se «apañe» y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. La falta de preparación pedagógica del magisterio redunda y cae en la infancia; más de un fracasado en la vida social debe su fracaso a sus maestros mal preparados para la labor docente.

Añadamos a lo dicho, los maestros demasiado esclavos de la rutina y de la que no quieren liberarse. Emprenden un camino en sus primeros años que se les confió una escuela y, contenidos del resultado obtenido, siguen siempre e invariablemente trillando el mismo camino. El progreso es integral y no descarta en sus avances la didáctica; la enseñanza puramente libresca o verbal, ha pasado a la historia.

El carácter del maestro puede ser una causa más de retraso en alguno de sus alumnos. Si durante una explicación, una experimentación, etc., creyendo que así lo exige la disciplina, no permite que el niño pregunte y cuestione sobre lo que no ha entendido, no ha oído bien, o no ha comprendido, contribuirá a crear lagunas en las inteligencias infantiles; poco tiempo tardará hasta verse obligado a diagnosticar un nuevo retrasado, ignorando que ha sido él precisamente, el maestro, que lo ha creado por un falso concepto de la disciplina.

En casos extremos y en los que varias generaciones de un pueblo han recibido la instrucción y educación por un mismo maestro, se ha comprobado un índice cultural muy inferior al de otro pueblo vecino en el que otro maestro ejerció igual tiempo, pero que era además de maestro, pedagogo.

En los colegios de lujo, por no llamarles de otra forma, se acostumbra a confiar los primeros grados a maestros principiantes, ignorando el director o queriéndolo ignorar, que es

en la primera edad, cuando las facultades y sentidos son más maleables, que las impresiones recibidas son decisivas para largo tiempo o toda la vida. Sería más pedagógico (acaso menos lucrativo para el director) confiar esos primeros grados a los maestros más experimentados y competentes.

Considerando suficiente con lo dicho para imputar como causas del retraso pedagógico al maestro y la escuela, veamos si descubrimos en la familia, otra causa más.

Cuando presenciamos en las grandes capitales esos niños de edad escolar, recogiendo colillas, mendigando u ofreciendo sus servicios en las estaciones, pensamos con acierto que su grado de instrucción es nulo; igual acontece para aquellos otros que son una pequeña fuente de provecho a sus padres, dedicándolos al trabajo en la edad escolar o han de quedarse en casa bajo pretexto de cuidar el hermanito menor, hacer los encargos y hasta preparar la comida cuando padre y madre trabajan. Estos niños de tanto en tanto hacen una aparición en la escuela para mostrarse en un plano inferior al de sus camaradas y aumentar el número de los retrasados.

Pero no basta que los padres aseguren la asistencia regular del niño a la escuela. Padres hay que aterrorizan al pobre niño tratándolo de tonto, idiota y gándul; no saben dar un consejo sin acompañarlo de un insulto, de una amenaza o de un desprecio; muestran como ejemplo y espejo al hijo del vecino que sabe tanto y más cuanto. Este nefasto proceder acobarda al niño quitándole parte de los medios de lucha.

Por contra otros padres elogian demasiado los éxitos escolares de sus hijos y éstos se creen casi sabios; así se cultiva su orgullo y con poco esfuerzo y trabajo tienen satisfechos a sus padres. Otro proceder pernicioso es el de criticar por parte de los padres, y en presencia del niño, al maestro, a su método y procedimientos; ignoran que los efectos no recaen sobre el maestro criticado sino directamente sobre el escolar, cuyo comportamiento frente al trabajo no tardará en modificarse, con perjuicio para él.

Hemos examinado muy a la ligera las causas, a nuestro parecer principales, que contribuyen a hacer de un niño com-

pletamente normal un retrasado pedagógico. Es indudable que existen bastantes más que el maestro puede descubrir y catalogar para facilitarse el imperioso deber de corregirlas.

Si hemos expuesto aisladamente las causas extrínsecas del retraso pedagógico y quedamos convencidos que cada una y de por sí es suficiente a crearlo, debemos pensar y saber que raramente, las dichas causas, obran y actúan independientes; los más de casos su acción es simultánea, ganando así en eficacia.

Otras causas, como hemos ya indicado, son intrínsecas o propias en el individuo. El escolar que padece de salud deficiente, se ve obligado a ausencias periódicas más o menos prolongadas y al reanudar las tareas, o tiene que hacer un esfuerzo o quedarse retrasado en comparación a sus condiscípulos robustos. En los grandes centros de población no todos los niños son nutridos convenientemente y los mal alimentados dan señales alarmantes por la falta de atención, la poca o escasa voluntad al trabajo, la amnesia, etc. Igualmente entre la población escolar nos hallamos con débiles auditivos, visuales, fonéticos, etc., que no pueden seguir el ritmo del curso escolar con la misma facilidad que los bien dotados. Causas estas del ESTADO FISIOLÓGICO que en gran parte competen al médico y a la familia.

Para terminar el bosquejo señalamos el carácter del individuo. A una inteligencia y otras facultades normales puede acompañar un temperamento, un carácter especial. Los perezosos, los distraídos, los soñadores, los inestables (revoltosos), los apáticos, etc., son igualmente candidatos a retrasados pedagógicos. Para ellos y en evitación de mayores males, precisa el maestro un gran tacto pedagógico.

Expuestas las causas, ajenas y propias, solamente las principales, queda por solucionar lo más importante, que es sin duda, el modo de suprimirlas o al menos disminuir su acción en lo posible.

De ello daremos algunas ideas.

F. REGNE BARBANCE

EL MUNDO

no tiene refugio



CUANDO, al principio de la guerra, sonaban las sirenas, corrimos hacia los refugios para protegernos contra un eventual ataque aéreo. Pero poco tiempo después ya no nos apresurábamos tanto, y más tarde la policía debía incluso empujarnos hacia los abrigos: estábamos tan habituados al peligro que proseguíamos tranquilamente nuestro camino.

¿Debemos tener esta inconsciencia o indiferencia en lo que a la bomba atómica se refiere? ¿No se habla demasiado de ella y por este mismo motivo no será ello causa de que los hombres se acostumbren y se vuelvan indiferentes ante el peligro que puede surgir bruscamente?

¿No se creará un espíritu de derrota, por el he-

cho de que se declaren inevitables la guerra y la utilización de la bomba atómica? Si leemos que en el Estado de Nevada se han hecho experimentos de una bomba, atómica mucho más potente que la que fué lanzada sobre Hiroshima en 1945 y que su resplandor fué visible a ciento veinte kilómetros, el peligro se actualiza y de nuevo retiene nuestra atención.

Entre 1945 y 1952 han transcurrido siete años; años durante los cuales han perfeccionado y multiplicado el peligro, haciéndolo inminente, si la humanidad no se vuelve razonable. Puede afirmarse que la extensión de su efecto aumenta, que se ha demostrado su radioactividad a miles de kilómetros de distancia, con el examen de unas gotas de lluvia caídas en París poco tiempo después de la explosión de esta bomba.

Debemos velar porque los hombres no se duerman ante ese peligro. Debemos lanzar un llamamiento a la conciencia del mundo.

Pero, ¿es que ello es posible en esta época? Hace cien años, la humanidad se indignaba ante la esclavitud de los negros en los Estados Unidos; pero fué necesaria una Enriqueta Beecher Stowe para transformar esta indignación en una voz gigantesca exigiendo la liberación de los esclavos. Esta voz fué su obra «La Cabaña del tío Tom», que conmovió al mundo... y venció.

Otro acontecimiento fué el del asunto Dreyffus, oficial francés acusado falsamente de traición y por esta razón condenado a reclusión en la isla del Diablo. El veredicto parecía irrevocable, pero hubo un Emilio Zola que sacudió al mundo y consiguió, por medio de una protesta general, la liberación de Dreyffus.

He aquí dos seres, Beecher Stowe y Zola, que consiguieron despertar la conciencia universal en torno a crímenes cometidos contra la libertad individual.

¿Es hoy posible igualmente, apelar a la conciencia del mundo contra ciertas injusticias y contra ciertos peligros?

El escritor holandés Mauritz Dekker ha intentado hacerlo, en lo que concierne al peligro de la bomba atómica, en su obra teatral «El mundo no tiene refugio». Ella tiene por tema un extraño y trágico conflicto, síntoma de uno de los más inquietantes que agitan nuestro tiempo: el desacuerdo entre el progreso técnico y la evolución mental del hombre.

En aquí una síntesis: En una fábrica atómica del Estado, el profesor Thomsem y su hijo James han descubierto un nuevo explosivo mucho más eficaz que las bombas atómicas fabricadas hasta hoy. Lo denominan «Piradium», aun cuando las experiencias del mismo no están todavía terminadas. La nueva materia, encerrada y escondida en una cueva con muros de plomo y de granito, espesos de cuatro metros, todavía no es estable en sus manifestaciones; por esta causa el profesor no puede transmitir su informe al presidente de la Comisión Nacional atómica, el general Greenway. Este último insiste para que el Estado, en todas las ocasiones, disponga de la fórmula del explosivo para poder, eventualmente, fabricarlo él mismo. El general concede un mes al profesor: esperará el informe hasta el 20 del mes siguiente.

James está atormentado por los remordimientos que le produce este abominable trabajo. Se esfuerza en convencer a su padre de que no debe revelar la fórmula y de que ha de renunciar a sus investigaciones. El padre se opone a ello ya que por deber y por agradecimiento se siente ligado al Estado que ha puesto a su disposición cuantos millones ha necesitado para sus trabajos científicos.

Llega un momento que la catástrofe amenaza la fábrica: la materia atómica encerrada en la cueva muestra extrañas propiedades y sus manifestaciones ponen en evidencia un gran peligro. ¡Va a explotar! Lo que significa la desaparición de la ciudad, de toda la provincia incluso.

Sólo existe un medio para impedir la catástrofe, pero para llevarlo a la práctica es preciso que uno de los colaboradores sacrifique su vida penetrando en el peligroso subterráneo y, sometiendo su cuerpo a las emanaciones radioactivas, ejecute determinadas manipulaciones para detener su proceso.

Consciente de las consecuencias de tal acción, James se decide a entrar en el subsuelo, y consigue salvar la provincia de una irreparable catástrofe.

Pronto James resiente los efectos de su acto heroico: poco a poco la influencia destructora de los rayos «Gamma» ataca su cuerpo. Tendido en su lecho de dolor, escucha las palabras de gratitud de todo el país. El general viene igualmente para darle las gracias, sobre todo porque ha salvado... ¡la fábrica nacional de investigaciones atómicas! ¡James no pensó en salvar la fábrica! ¡Esto significa que sacrificó en vano su vida!

No obstante, el 20 del mes se aproxima. El profesor, muy emocionado por el sufrimiento de su hijo, sufrimiento que fatalmente la conducirá a la muerte sostiene un gran combate moral. Al principio su sentimiento del deber vis a vis del Estado triunfa. Con su informe se dirige a la reunión de la Comisión. Pero durante el trayecto cambia de idea y deshace el camino hecho.

¡No puede! Envía entonces a su principal colaborador a la Comisión para que comunique a la misma que no puede transmitir el informe, porque no está terminado. Gran decepción en el seno de la reunión. Se vé en esta negativa la influencia nefasta del hijo.

El propio general Greenway visita al profesor para exigirle el informe y para persuadirle de que se presente en la reunión. El profesor rehúsa diciendo: «Mi lugar está aquí, al lado de mi hijo». El general amenaza y finalmente llama a los soldados: «A partir de este momento, sois mi prisionero!», dice. «Al contrario, general, dice el profesor. A partir de este momento soy un hombre libre».

* * *

En Holanda el drama ha conseguido ya 250 representaciones. Ha sido traducida a las lenguas danesa, sueca, alemana, francesa, inglesa, hebrea y esperanto. Se preparan las traducciones finlandesa y búlgara.

«El mundo no tiene refugio» deja una profunda impresión sobre el público, pues el llamamiento con el cual el autor termina su obra es patético:

«Para que vuestros nietos os den las gracias en vez de maldeciros,

«Para que la tierra dé sin cesar la abundancia, en lugar de convertirse en desierto,

«Para que la semilla no cese de dar sus frutos, en lugar de secarse en germen,

«Para que vuestros pueblos y ciudades sigan siendo habitables, en lugar de convertirse en ruinas,

«Para que los cantos y las risas de vuestros hijos no se conviertan en llantos y gemidos,

«Para que vuestras bocas canten a la vida en lugar de maldecir el corazón de la madre que os alumbró,

«Para que la noche os dé el reposo y vuestro sueño no sea un largo tormento,

«Para que la fuerza creadora triunfe de la destrucción y el orden del caos:

«Que vuestra sola preocupación sea que la energía concentrada en el átomo no se utilice para la destrucción; que ella sirva, no para la muerte, sino para la vida; no para la guerra, sino para el fin que da a la existencia sobre este planeta su sentido y su plenitud: LA PAZ.»

FAULHABER

HAN RYNER: EL HOMBRE Y SU OBRA



OBRE muchas preguntas sin respuesta, aportó él su luz. Nos ha comunicado a todos su fiebre de claridad. Combatió la opresión sentimental y liberó a la pareja humana con su «amor plural», en el que cada amor constante se enriquece con lo que a él aportan las ternuras pasajeras. Nos hizo arder en una llama sin humo. Libertó la pasión de lo que nos secuestra, de lo que nos sofoca.

Han Ryner, de su verdadero nombre Enrique Ner, nació en Argelia, de padres catalanes, el 7 diciembre 1861, pero no tardó mucho en ser traído a la metrópoli. Su padre, funcionario de correos, habitó sucesivamente en Montluçon y en Tarbes. Enrique contaba nueve años cuando vino a la Provenza, donde estuvo hasta las proximidades de la treintena. Consideró siempre como sus verdaderos maestros el lago de Berre, las colinas y el cielo de un azul profundo.

A los diez y seis años, en una crisis de misticismo, quiso hacerse cura y empezó tardíos estudios latinos. Simultáneamente, un primer amor le alejó del sacerdocio. Las lecturas y las meditaciones le hicieron perder la fé. Demasiado «intelectual puro» para romper el ataúd de la razón con el cuerpo palpitante del pensamiento, permitió que la razón le amputase de Dios.

Pero no pudo amputarle del alma, y ahí reside el milagro de Han Ryner. No es enjuto y dogmático como un racionalista. Se evade de la lógica. Es el río que reniega de su fuente, pero que va sin embargo al mar.

Su padre que cobraba 1500 francos por año, no pudo permitirle largos estudios. Pasó rápidamente el bachillerato y obtuvo una beca de licenciado. Por necesidad, para ganar el pan de cada día, entró en el magisterio. Restó en los más humildes empleos, porque careció de ambición exterior y porque solo quería tener tiempo para estudiar y escribir. Durante esta fase de su vida, me decía un día, jamás encuentro una criatura lo bastante extraordinaria para sentirse pagado, por el hecho de su existencia, de los cuidados morales que prodigaba. En ninguno halló el ardor, la avidez espiritual que hubiera deseado encontrar en alguien.

Tan pronto pudo, abandonó esta profesión, a fin de entregarse entero al trabajo que deseaba. Aunque siempre cumplió bien con sus deberes profesionales, les calificaba con desdén «obligaciones de esclavo público». Yo, que amo modelar las almas nuevas, no acepto sin protesta el adjetivo.

Han Ryner no tiene historia exterior. Su historia

interior es simple. Educado religiosamente, místico de doce a diez y seis años, se evade del dogma a los diez y seis y medio. Pasa por un período de sequedad, bastante análogo a la «noche oscura» de Juan de la Cruz, pero después de la deserción de Dios, mientras que para el santo ese período es una etapa del ascenso a la unión con él. Se busca durante mucho tiempo. El arte no le es suficiente refugio, pues en él desbordan siempre los pensamientos. El pesimismo le invade, al quedar vacío de toda creencia, y vuelve ansiosamente la vista hacia los credos sociales. En 1894, cuando se instala en París, es socialista. Pero pronto se aparta del socialismo y comprende que el personal de no importa qué partido político le produciría las mismas náuseas morales. Se repliega nuevamente, permanece cinco años estudiando. Medita sin publicar nada y, de este retiro, sale individualista de la voluntad de armonía, es decir, anarquista-artista. Su filosofía se compone de una ética estética y de una metafísica que quiere independiente la una de la otra.

En ética, él distingue entre las morales, falsas ciencias de la vida, que tienen necesidad de apoyar sus órdenes sobre disciplinas extrañas, y las sabidurías, aspectos y variedades del arte humilde pero verdadero de la vida, que dan sólo consejos y que emanan de los mismos sabios. La sabiduría que adopta es pariente de la fé, de la de Epicuro y de la de Epitecto. Es el sonriente renunciamento a los deseos artificiales y a los falsos bienes. Ella puede ilustrarse con esta frase de San Bernardo: «Todo deseo que no parte de la razón es el signo evidente de un espíritu ya apagado». Han Ryner sólo se somete a sus deseos altos. Su sabiduría es un positivismo de la voluntad que sabe abandonar todo lo imposible y, en las horas de crisis, todo lo incierto, para conservar el bien único: una voluntad firme y pura, pero si adopta así la famosa teoría estoica de las «cosas indiferentes», se apoya, en este punto, en que las cosas sólo le son indiferentes en la medida en que no dependen de nosotros. Añade aquí una vibración al principio epictético.

En metafísica, su actitud es análoga. Admite que el positivismo tiene razón si sólo examinamos nuestras fuerzas y que ninguna metafísica puede darnos la verdad objetiva. Pero el positivismo se equivoca ante nuestros deseos naturales. El hombre es necesariamente un animal metafísico. ¿Cómo conciliar estos dos puntos de vista, en apariencia contradictorios?

Haciendo de toda metafísica un poema; desarmándolas todas del veneno de la afirmación. Y de la misma forma que puede gozar de poesías muy di-

ferentes, gozará desde entonces de muchas metafísicas.

«No solamente, afirma, ninguna me da la fugitiva verdad exterior, sino que ninguna satisface todas mis necesidades lógicas y poéticas. Razón de más para gozar de muchas y de satisfacer alternativamente nuestras avideces diversas. De la misma forma que el viajero tiene una casa en algún sitio y diversos lugares donde pernocta accidentalmente, el metafísico que visita los palacios y las ruinas, se construye un refugio, la metafísica que responde mejor a aquellas necesidades lógicas y poéticas más exigentes».

La metafísica de Han Ryner no podría exponerse en las dimensiones de un breve artículo. Ella es un pluralismo; pero mientras el pluralismo de Rosny y el de Renouvier son fenomenistas, el pluralismo de Han Ryner es substancialista. Las «eternidades» no son solamente inmortales como las mónadas de Leibnitz, sino verdaderamente eternas e increadas. En un sentido, ellas son los solos seres. En otro sentido, ellas no existen, puesto que jamás ninguna podrá presentarse aislada, pues todas están comprendidas en los agregados provisorios que son los cuerpos y las almas. Pues nuestra alma, según Han Ryner, «usa de diversos cuerpos», como nuestro cuerpo usa diversos vestidos; pero ella está compuesta y, como todos los compuestos, debe disolverse un día para que sus componentes formen parte de otras combinaciones.

Los «Viajes de Psicodoro» y «El Quinto Evangelio» son quizá sus obras maestras. Pero no pueden ser olvidadas «El Hijo del Silencio» (1911), «Las parábolas cónicas» (1913). Esta dará la clave y el sentido de la obra:

«La bellota gritaba: ¡Yo quiero darme, quiero darme! Un rebaño de puercos pasó y la devoró! ¡Oh, hijos míos, concluyó Psicodoro, esforzáos en ser fuertes y armoniosos. Por este medio os daréis y daréis mucho, pero el impaciente que quieré darse en lugar de realizarse, comete un crimen múltiple:

se destruye él mismo, vasto porvenir. Da poco y da mal a quien vale menos que él».

Solución más nietzscheana que ryneriana.

En 1917 publicó «Los Pacíficos», novela; en 1919, «La torre de los pueblos», novela caldea. En 1920, «Las apariciones de Ahasvérus». El mismo año, publicó «El padre Diógenes», novela contemporánea, y un pequeño estudio: «Diálogo del matrimonio filosófico». ¡Qué lástima que no pueda detenerme en sus admirables conferencias; como orador Han Ryner fué inigualable. Es más lírico, la forma es más ceñida, la palabra más brillante todavía que en sus libros: «Los artesanos del porvenir», «Verdaderas conversaciones de Sócrates», «Cándido Tiller», «Pequeña charla sobre la sabiduría» y «La filosofía de Ibsen». En 1924, editó «El drama de ser dos», escrito conmigo, donde buscábamos el amor de ideas (pasión-pensamiento), el único que, traspasado el espasmo, puede dar la paz, mientras que el amor carnal es un fermento de guerra. Yo intenté con él firmar el pacto. Han Ryner quiere incentivar al amor vivido; pero no puede impedirme el saber que el ardor es más duro que la gracia. En 1925 publicó «El individualismo en la antigüedad» y «El autodidacta», novela contemporánea, que no es su historia, pero que se inspira de su vida, de sus meditaciones. Y en 1927, «La vida eterna», novela de misterio, en la que la mujer amada levanta para él los velos de la muerte.

En la luz, se encuentra la dulzura.

Su obra generosa, es el don perpetuo de un yo siempre renovado. Anarquista, dice, pero gobernando su alma y su frase. Es comendador de paz y organizador de una paz exaltada. Por su voluntad de armonía nos enlaza con los griegos; pero ¡cuánta agilidad añade a sus registros!

Han Ryner es el ritmo y el equilibrio.

AUREL

HOMBRES e IDEAS



ES Ricardo Flores Magón el más grande poeta revolucionario que haya nacido bajo el cielo de América. Su prosa cáustica y libre reconstruye toda la tragedia de un pueblo dolorido en su calvario de esclavitud, y la vida de un pensador, cuyas ideas en tumulto corrieron como bola de fuego sobre el suelo mexicano, y sus llamas culminaron en la revolución que, al grito combativo y liberador de tierra y libertad, retumbó en medio del continente.

Ni José Martí, ni el mismo Simón Bolívar, ejemplos de tesón y destreza audaz, podrán mantener la bandera de la emancipación americana. Porque sus ideas son producto de la burguesía, y la revolución de independencia política de que ellos fueron adalides, benefició solamente a una nueva

clase terrateniente, de suyo soberbia y esclavizadora, en detrimento de las clases humildes, del trabajador, del artesano que, hijo de españoles, mestizo o indígena, levanta ciudades, labora la tierra, idealiza su pensamiento en objetos de arte como símbolo de la civilización, y bajo el negro régimen del coloniaje o de la democracia moderna, su existencia es igualmente misera y víctima de la explotación y del despotismo. Flores Magón ha eclipsado la gloria de aquellos precursores; y su figura gigantesca yérguese majestuosa sobre América toda y enciende en las almas de sus habitantes el espíritu de la rebelión. Igual que aquéllos, temerario e imbatible, desafió las iras de la tiranía desde su más tierna edad, a cuyo derrumbe contribuyó en primera fila, en una lucha a vida o muerte que se inicia a principios del siglo.

Con más amplitud de horizontes porque concebía el futuro

del mundo en la más amplia libertad e igualdad económica, sin fronteras, sin Estados, leyes ni dioses, e identificado en estos aspectos con las corrientes sociales de su siglo—su obra de pensador adquiere los más altos relieves, como surge de su pensamiento multitudinario, fruto de una imaginación prodigiosa que no tiene límites. Bajo la fiebre de la revolución en que se encuentra el pueblo en armas, todo lo abarca y conduce a la causa emancipadora. De gran comprensión y dotado de un contenido humano que convierne su obra en monumento de paz entre los hombres, trata todos los temas de la vida revolucionaria por disímiles que ellos sean, al punto que el movimiento social que envuelve la nación encuentra en este coloso su alma y su genio. Si el régimen imperante hoy en aquel país posee actualmente algún contenido de libertad y tolerancia; si el respeto a la integridad humana es patrimonio de estos nuevos gobernantes, es porque los hombres de Tierra y Libertad han impuesto a la contienda el carácter de liberación.

Entregado Flores Magón en los brazos de la lucha revolucionaria desde el periódico «Regeneración», se ocupó de todos los fenómenos, desde el último saludo a un desertor del campo social que, harto su estómago pasóse a las filas del enemigo sempiterno, hasta las directivas a las guerrillas que aparecen por todo el suelo nacional o corrigiendo las pruebas de un libro anarquista. De un estilo rico y sobrio, con sencillez de manantial, aparecen en su producción multiforme todas las gamas literarias, desde el pensador, metódico y profundo, hasta la crítica social enderezada al combate contra la burguesía y el teatro, que concibe como arma de lucha en favor de la revolución y de la anarquía. Para él el arte es un motivo de liberación, de humanidad e igualdad entre todos los hombres. El arte es la imagen de la idea a través del sentimiento que el poeta personifica; es verdad, es libertad, es revolución.

Ricardo Flores Magón nació el 16 de septiembre de 1873 en el pueblito de San Antonio Eloxochitlán, distrito de Teotitlán del Camino, Estado de Oaxaca. Descendía de una familia de origen muy humilde, especialmente su padre, el teniente coronel Teodoro Flores, indígena puro, descendiente de la raza azteca, cuyos antecesores otrora crearon para la humanidad y levantaron el monumento artístico que es todavía la más preciada riqueza mexicana. Su madre, Margarita Magón, era mestiza. Su abuelo provenía de cartagineses, razón por la cual este apellido no es común en las comunidades mexicanas.

Merced a la generosa y robusta voluntad de su madre, la familia se radicó más tarde en la ciudad de México, donde Ricardo comenzó sus estudios en una escuela primaria, pasando luego a la Nacional Preparatoria y finalmente, en 1893, pasó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, contando apenas 20 años. Por ese entonces falleció su padre. En ese mismo año fué arrestado por orden del tirano Porfirio Díaz, omnipotente dictador de México, a consecuencia de una manifestación antirreeleccionista; puesto en libertad, abandonó sus estudios para dedicarse de lleno a la campaña contra la dictadura sangrienta que avasallaba a aquel pueblo. Los 29 años que tendría de vida desde entonces, fueron un continuo martirio de luchas intensas y prisiones. Le mató Norteamérica hace 25 años, el 21 de noviembre de 1922, falleciendo en un calabozo de la prisión de Leavenworth, Kansas, en brazos de su gran compañero de aventuras, sueños y luchas, Librado Rivera.

No se conocen muchos casos ejemplares de tanta voluntad y abnegación por el ideal como el ofrecido por este revolucionario, para cuya realización ningún sacrificio resultaba demasiado grande. Vivió tan poco, tan pobre y agitadamente, sin tiempo para tener vicios. El dolor humano, el dolor que grita intensamente la amargura de sus penas eternas, pudo imprimirle valor para llevar su peregrinación de cárcel en presidio. De convicciones anárquicas perfectamente definidas, con su hermano Enrique, Librado Rivera y Práxedes Guerrero, echaron a rodar por el ancho mundo los ideales kropotkinianos desde suelo mexicano.

Después de haber sido apresado por segunda vez, el tirano hizo varias tentativas para asesinarlo por cualquier medio, teniendo que buscar refugio en el Canadá. Posteriormente, el gobierno norteamericano fijó en 25,000 dólares el precio de su cabeza por orden del matarife Porfirio Díaz. El 21 de marzo de 1918 fué arrestado por la policía, siendo condenado a 20 años de prisión, por considerar el gobierno yanqui que las frases de un manifiesto dirigido a todos los trabajadores del mundo, motivo de la condena, provocaban la insubordinación y amotinamiento de las fuerzas armadas y navales de los Estados Unidos de Norteamérica, considerándosele como hombre peligroso por las doctrinas que sostenía y practicaba.

Y éste era el hombre, desterrado de su propio país, a cuya liberación de la tiranía tanto había contribuido; era el más poderoso escritor que produjo la revolución, que no malgastó su tiempo en pequeñeces, que tocaba invariablemente las cuerdas mayores y con extraordinaria firmeza; que en todo el curso de su obra hacía llamamiento a las emociones más altas y, por consiguiente, más poderosas, a lo heroico; que pedía mucho a los hombres. Los hermanos Flores Magón han puesto en movimiento las fuerzas que definitivamente arrojaron a Díaz al destierro, verdadero suceso de los que hacen época, porque con la caída del tirano se derrumbó la retaguardia del poderoso ejército mexicano que los Estados Unidos tenían a su servicio en su marcha avasalladora hacia el sur. Y de ahí que los carniceros del norte no hayan perdido ocasión para echar sus garras sobre la nuca de un gigante, cuya voluntad y pensamiento había volteado a un régimen. Ese era el hombre a quien se le ha ofrecido nada menos que la vicepresidencia de la República mexicana y que tan dignamente rechazó, expresando: «No quiero ser tirano».

La democracia yanqui, ha asesinado a Flores Magón como a los mártires de Chicago, como a Anselmo L. Figueroa y Sacco y Vanzetti. Todos sus hierros retorcidos, todas sus carnes y grasas de cerdo, toda su pornografía cinematográfica y los descubrimientos técnicos no valen la vida de uno de los hombres que su justicia del clase desolló. Todas sus victorias guerreras y científicas pondrán luto sobre el alma yanqui hasta tanto no se redima de estos crímenes sociales, que son un mentis a su justicia y libertad.

La ley no tiene corazón. La patria es de los mismos explotadores de antaño, que arrastran al pueblo explotado a la contienda cuando sus intereses están en peligro. Tierra y Libertad fué el grito de combate que corrió desde Las Vacas, Coahuila hasta Valladolid, Yucatán; fué la voz de justicia inspirada por un orden que «tiende a establecimiento de un sistema social basado en la fraternidad, el amor, al contrario de la presente forma de sociedad, fundada en la violencia, el odio y la rivalidad de una clase contra otra y entre los miembros de una misma clase. El anarquismo aspira a establecer la paz para siempre entre todas las razas de la tierra, por medio de la supresión de esta fuente del mal: el derecho de la propiedad privada».

«Ricardo Flores Magón—se ha dicho en la Cámara de Diputados de México—que sólo conoció las espinas y los dolores de la revolución, es un hombre delante del cual debemos inclinarnos todos los revolucionarios que hemos tenido quizá la desgracia de saborear algo los manjares servidos en el banquete de la revolución. Ricardo Flores Magón, sin embargo, es el precursor de la revolución, el verdadero autor de ella, el autor intelectual de la revolución mexicana».

Toda su obra nos presenta, verticalmente, la grandeza de su espíritu múltiple y bien maduro. Su vida ha sido un volcán rugiente, sacrificada en holocausto de la humanidad. Al cumplirse 30 años de su muerte, cuando sólo contaba 49, podemos recordar ¡Aquí estamos! ¡Si el enemigo creyó aniquilarnos, hay que confesar que el enemigo ha fracasado! Los grillos torturaron nuestra carne pero nuestra voluntad está entera y hoy somos los hombres de siempre, los rebeldes tenaces, los enemigos de la injusticia, los anarquistas que sueñan y luchan por el porvenir de Tierra y Libertad.

CAMPIO CARPIO.

Ensayo bibliografico sobre William GODWIN

Nació William Godwin el día 3 de mayo 1756 en Wisbech, Cambridgeshire (Inglaterra) y murió en New Palace Yard, Westminster (Londres) el día 7 de abril del año 1836. Habiendo sido enterrado previamente en Cripplegate, St. Pancras (Londres) junto a Mary Wollstonecraft, fueron trasladados ambos restos — a causa de unas obras a efectuar en las cercanías de dicho lugar — a Bournemouth junto a sus hijos William y Mary Shelley.

Cualquier propósito de hacer completa la historia de este pensador y escritor inglés ha de tropezar con innumerables inconvenientes. Sus libros, en la actualidad agotados todas las ediciones, han sobrepasado todas las tendencias e interpretaciones que, sobre su filosofía y forma de comportarse, se han ofrecido durante más de un siglo de vida literaria y de lucha social. No solamente han sido numerosas las nuevas ediciones, traducciones y compendio de su obra para abrigar la pretensión de medir su bibliografía y la crítica que sobre la misma se ha venido dando por todo el mundo, sino que raramente escapa ningún ensayo que abarque el periodo de Godwin, y la influencia de la Revolución Francesa en el pensamiento de los intelectuales ingleses de la época, sin dar la referencia personal, directa o indirecta, acerca de Godwin. Es imposible pasar por alto la influencia que en las letras inglesas tuvo el periodo de la prosa literaria de los años 1789 a 1832. La talla de Walter Scott, Coleridge, Holcroft, William Hazlitt, Carlos Lamb, Shelley, Wordsworth, Southey, Byron y otros tantos, no puede pasar desapercibida en ninguna de las Historias de la literatura que se han escrito o que se editen en lo sucesivo. Y la órbita en que William Godwin se desenvolvía no era otra que ese círculo de novelistas, ensayistas y poetas ingleses. Cada uno por separado y todos conjuntamente, han contribuido a ese renacimiento de la literatura, en apogeo y marcando una etapa desde el siglo XVIII hasta nuestros días. El comienzo del siglo XIX ha tenido diversas catalogaciones a causa de la influencia de este

círculo de intelectuales. Época revolucionaria, la han llamado unos. Otros la han tildado de utopistas, jacobinitas y surdemontados. Sin embargo, falta por ver trazos que superen aquella plantilla de pensadores, de selectos individuos afines en las letras y hasta en la esperanza de plasmar una mejor sociedad por medio de la influencia de los libros.

Resulta, pues, una tarea ardua abarcar la enorme riqueza en prosa y en poesía de la época de William Godwin. En cada carta entrecruzada, sea de Hazlitt a Lamb, de Coleridge a Wordsworth, o viceversa, existe un rasgo dedicado al amigo, al historiador, al filósofo, al hombre sin recursos económicos y desacreditado por los privilegios del dinero. Numerosas revistas lo mencionan, bien para acreditar el mérito de sus escritos o para censurar las ideas que preconizaba. Su nombre está mezclado en toda la literatura difundida desde últimos del siglo XVIII al comienzo y primera mitad del siglo XX, y, aún hoy, difícil es prescindir del recuerdo de su nombre y del efecto que sus libros causaron en el mundo entero, sobre todo su famosa obra «Political Justice».

Ante esa cantera inagotable de publicaciones; las que escribió, las que se editaron en otros idiomas y la inmensa cantidad de reediciones y obras dedicadas a sus escritos y al pensamiento que brotaba de las mismas, este ensayo de bibliografía no es otra cosa que un buen propósito y la mejor intención de contribuir al esfuerzo que, en donde quiera que sea, y no importa cuando, hagan otros animados amigos afines de sus ideas.

Agradeceré infinitamente a quienes puedan y quieran aportar datos complementarios que permitan ampliar este trabajo sobre Godwin. El que así pudiera contribuir a esta dirigirse a la Sección Bibliográfica de la C.R.I.A., que se halla en relación con el autor.

Londres, junio de 1952.

GERMEN

Publicaciones sobre Godwin

- Allen, B. S. — The Reaction against William Godwin. M. P. XV. 1918.
- Idem. — William Godwin and the Stage. PMLA XXXV 1920.
- Idem. — Godwin's influence upon John Thelwall. PMLA XXXVII 1922.
- Brown, F. K. — The Life of William Godwin. Londres, 1926.
- Bates, William. — The MacLise Portrait Gallery of Illustrious Literary Characters, with Memories. Capítulo LIII, Londres 1883.
- Brailsford, H.N. — Shelley, Godwin and their circle. Londres 1913 y diciembre 1951, 189 páginas.
- Elton, O. — A Survey of English Literature, 1780-1830. Tomo I, 1912.
- Fleischer, David. — William Godwin: a Study on liberalism. Londres, febrero 1951, 156 páginas.
- Gourg, R. — William Godwin, Sa Vie, ses Œuvres principales, Paris, 1908.
- Hazlitt, W. — William Godwin (In The Spirit of the Age), 1825. Nueva edición «Trabajos», editado por A. R. Waller y A. Clawer. Tomo IV, 1902.
- Idem. — Mr. Godwin. Edimburgo Rey, abril 1830. Nueva edición «Trabajos», A. R. Waller y A. Glover. Tomo X, 1904.
- Koszul, A. y Bresch, G. — Une lettre de William Godwin. Revista anglo-americana, VI, 1929.
- Meyer, J. — William Godwin Romane. Ein Beitrag zur Geschichte des englischen Romane, Leipzig, 1906.
- Paul Kegan, C. — William Godwin, his Friends and Contemporaries, 2 tomos, 1876.
- Storr, M. S. — L'Amour et le Mariage chez Godwin. Revista anglo-américaine, XII, 1932.
- Ramus, P. — William Godwin der Theoretiker des kommunistischen Anarchismus. Eine biographische Studie mit Auszügen aus seiner Schriften. Leipzig 1907.
- Roussin, H. — William Godwin, Paris, 1913.
- Saitzeff, H. — William Godwin und die Anfänge des Anarchismus, im XVIII. Jahrhundert, Berlin, 1907.
- Stephen, Sir L. — History of English Thought in the Eighteenth Century. Tomo II, 1876.
- Idem. — William Godwin's Novels. Studies of a Biographer. Tomo III, 1902.
- Simon, H. — William Godwin and Mary Wollstonecraft. Munich, 1909.
- Talfourd, Sir T. N. — Letters of Charles Lamb, ampliada y revisada edición por W. Carew Hazlitt. Tomo I, páginas 19-24 y en numerosos capítulos, Londres 1886.
- William Godwin. — Apostle of Universal Benevolence. T. I. S. 4 abril de 1936.
- Wiley Basil. — The eighteenth century Background. Cap. X. Londres 1940.
- Wilson Angus. — Un estudio critico sobre los trabajos li-

terarios de W. Godwin, publicado en la revista World Review. Londres, junio 1951.

Fitzgerald Angus. — The Novels of William Godwin. Woodcock, Gorge. — William Godwin, A biographical study (12/6), precio antiguo, 5 chelines precio actual. Librería Freedom.

Idem. — William Godwin. Selection from «Political Justice», 32 pp. in 8º precio 3 peniques. Se trata de una selección realizada con objeto de dar a conocer al gran público algunos aspectos de las ideas principales de William Godwin expuestas en su libro conocido en español con el título de «Investigaciones acerca de la justicia política».

Idem. — Anarchism and Morality. Freedom Press, 16 pp. 2 peniques. El autor fundamenta su trabajo sobre las ideas de Godwin y Kropotkin. Ver referencias a Godwin en las páginas 3, 4, y 10.

Idem. — Anarchy or Chaos. Freedom Press 1944, 124 páginas, 2 chelines 6 peniques. El autor dedica un capítulo de esta obra a los precursores del anarquismo. Las páginas 31, 32 y 33 van dedicadas a W. Godwin.

Pedro Kropotkin. — «Ética», ediciones Tierra y Libertad, Burdeos, 1946, 80 francos, 240 pp. En esta obra Kropotkin hace referencia al pensamiento de Godwin (en la edición citada ver páginas 29, 158, 190, 205, 206; en la página 190 es en la que establece una referencia más completa de las ideas de Godwin).

Eltzbacher, P. — L'anarchisme. Ediciones Marcel Giard, París 1923, 416 páginas. Ver referencias en páginas 29, 64-93, 362, 369, 394-399.

Eltzbacher, R. — «El Anarquismo según sus más ilustres representantes». Ediciones La España Moderna.

Lea, F. A. — «Shelley and the Romantic Revolution». El autor demuestra la influencia que Godwin ejerció sobre las ideas de Shelley.

E. Armand. — «Les precursors de l'Anarchisme». Ediciones de «L'en Dehors», Orleans, 1933, 16 páginas. Ver página 5.

A. Sergent y C. Harmel. — «Histoire de l'Anarchie». Le Porthulan, París, 1949, 450 páginas, 750 francos. Ver referencia Shap. III, páginas 89 a 104.

E. Dolleaux. — «Dramas interiores». (Los dos primeros estudios son consagrados a Mary Wollstonecraft y a Godwin). Citado por Sergent y Harmel en su «Historia de l'Anarchie», p. 89.

«Dictionary of National Biography». Ver el artículo «Godwin».

(Hace alrededor de un año se suscitó una polémica internacional en torno a W. Godwin, a su personalidad anarquista, a su influencia en el desarrollo de las ideas anarquistas a través del mundo y principalmente en Inglaterra. Por parte de unos y de otros se niega y se reafirma la trascendencia personal de Godwin y de su obra. Creemos que la polémica no ha concluido aún. Pasado un tiempo más o menos prudencial, recogeremos el detalle de los artículos publicados por ejemplo en «El Libertario», de Milán; en «Umanita Nova», de Roma; en «L'Adunata dei Refrattari», de New York; en «Volontà», de Nápoles; «Freedom», de Londres; en «Le Libéraire», de París; en «L'Unité», de Orleans; en «Solidaridad Obrera», de París; en «Cenit», de Toulouse... Entre otros han participado y participan en esta interesantísima discusión M. Sartin, R. Prunier, P. C. Masinni, U. Fedali, Armand, Damiani, G. Leval, G. Pradas. Participan asimismo redactores de periódicos, sin firma, y se reproducen opiniones de otras épocas. Tenemos noticias de que Hem Day prepara un número especial de «Pensée et Action», dedicado en exclusividad al estudio de W. Godwin.

Vale decir que el presente trabajo, en lo que respecta a obras y autores y articulistas que se refiere a W. Godwin, necesitará ser completado, cosa que haremos en tiempo oportuno.—Nota de la S. Bibliográfica de la CRIA.)

BIBLIOGRAFIA DE WILLIAM GODWIN

«The Life of Chatam» (Londres 1783). — Esta obra fué el intento de una serie de biografías de personas de relieve político que no llegaron a continuarse. Este libro se publicó anónimamente en la primavera del año 1783, abonando el autor los gastos de impresión. En la misma no se revela el pensamiento y las preocupaciones que más tarde caracterizaron a este escritor.

«An Account of the Seminary that will be opened on Monday the Fourth Day of August at Spson in Surrey» (Londres, T. Cadell 1783, 54 pág.) En este folleto trata Godwin de la teoría del sistema que deseaba personalmente llevar a la práctica en Epsom. En el mismo se descubren sus ideas acerca de la sociedad y, un guión de lo que más tarde tenía que ser obra inmortal. También fué escrito anónimamente.

«A defense of the Rockingham Party, in their late coalition with... Lord North». (Londres, 1783, 55 páginas). Obra que se atribuye también a Godwin aun cuando se refiere poco en las obras biográficas escritas.

«The Herald of Literature». (Londres, John Murray, 1784, 113 páginas). Ensayos literarios escritos como los anteriores libros anónimamente.

«Sketches of History in Six Sermons». (Londres 1784). Según versiones esta obra había sido preparada algunos años antes de su publicación. En la misma representa el autor la actitud ortodoxa de la religión, que ya había abandonado.

«Isabelle Hastings». (París 1823, 4 tomos). Mme. Collette tradujo al francés esta obra atribuida con poca seguridad a W. Godwin.

«An Enquiry concerning the Principles of Political Justice, and its Influence on General Virtue and Happiness». (G.G.J. & J. Robinson, Londres 1793, 2 tomos). El prólogo lleva fecha 7 de enero 1793. Esta obra es la más famosa de este escritor por la cual su nombre y su personalidad han sido discutidos en todos los idiomas.

Segunda edición, revisada. Londres G.C.J. & J. Robinson, 1796; dos tomos, y publicados igualmente por G. C. J. & J. Robinson, Londres 1798.

Otra edición: Alfred A. Knopf, Nueva York, 1926.

Un facsímil de las primeras ediciones con notas e introducción por F. E. L. Priestley, The University of Toronto Press, 1946.

Ediciones Dublín, 1793, 2 tomos, Filadelfia, 1796, 2 tomos. 1798, 2 tomos.

R. A. Preston, Londres, 1926 (compendio).

H. S. Salt (editor). Swan Sonnenschein and Cia. 1890, 155 páginas.

Otra edición Allen & Unwin, capítulo «Propiedad».

«Investigación acerca de la justicia política y su influencia en la virtud y la dicha general». Traducción castellana por J. Prince.

Introducción por Diego Abad de Santillán.

Editorial Tupac. Buenos Aires. 1945; 420 pág. 16 x 24.

Editorial Americalee. Buenos Aires. (Ediciones simultáneas) en las que sólo cambia la mención Tupac o Americalee).

«Investigaciones acerca de la justicia política y su influencia en la virtud y la dicha general». Editado en el Japón por Sunpu-Sa en su colección «Versión de las grandes ideas del mundo».

La misma obra, tercera edición efectuada en Filadelfia en 1799. Cuarta edición en 1840.

El capítulo sobre la propiedad ha sido reeditado y constituye el volumen X de «Social Science Service» (Londres 188 ?) publicado por H. S. Salt. Traducción alemana del libro íntegro «Untersuchung über die politische Gerechtigkeit» (Würzburg, 1803, in 8º).

Citas recogidas de la «Bibliographie de l'Anarchie» de Max Nettlau, París, Stock, 1897, 394 páginas, ver pág. 5. (Continuará).

EL ANTICOMUNISMO, EL ANTIIMPERIALISMO Y LA PAZ

(Continuación)

ESTADO TOTALITARIO Y MISTICA DE PARTIDO.

El partido único, que ha formado su mística, su leyenda y que ha reunido su bagaje teórico en tiempos en que no era único y en que luchaba en la clandestinidad contra los poderes constituidos, ha cambiado profundamente su naturaleza por el hecho de haberse identificado con el Estado. Ha eliminado, con el tiro en la nuca, con las prisiones y los campos de concentración, a los socialistas que quedaron en su seno y a los de la oposición, perdiendo así en su existencia y en sus relaciones con los «otros», esa tensión necesaria para mantener la vitalidad. Hoy, cuando la contrarrevolución ha sido cumplida dentro y fuera del partido dominante, no existe ya en realidad el partido como tal—sólo queda su organización y su mística—, y tampoco existen ya los «otros», al menos como fuerza visible y activa. Sólo existe el Estado monstruoso, centralizado y jerárquico, con una enorme burocracia formada por los cuadros del ejército, de la policía, de los sindicatos, de la administración, de la dirección técnica y administrativa de la producción y el consumo y, allá en la cúspide, la burocracia de los cuadros del partido, cuya dirección tiende a identificarse con un hombre. Esa inmensa burocracia es hoy la clase dominante y explotadora, la rica heredera del capitalismo privado, decrepito en todas partes y muerto joven en Rusia, antes de llegar a desarrollarse sobre el viejo tronco feudal. El privilegio económico no es, para esa nueva clase, más que la consecuencia del poder político, un medio necesario para hacer que este poder sea más completo y, al mismo tiempo, el síntoma externo y visible de una posición de dominio. Desde el punto de vista político, los miembros de esa burocracia están escalonados de acuerdo con una completa graduación jerárquica, a través de múltiples eslabones de dependencia, donde la autoridad emana del centro (Stalin, el Politburó) e irradia hasta los capilares del sindicato, de la fábrica, de la aldea. El elemento de cohesión está dado por el deseo de poder (que se confunde con la mística de partido), por los intereses económicos y por el miedo.

Esta casta privilegiada tiende a cerrarse a causa del tratamiento de favor de que gozan los hijos de funcionarios, pero se nutre también con los elementos más útiles y más fieles de las clases inferiores pasados a través del cedazo del partido, y cuyo adiestramiento e instrucción corren por cuenta del Estado.

Más abajo continúan vegetando los obreros y los campesinos, el trabajo de los cuales sirve para mantener a los nuevos parásitos. No es cuestión ya de mano de obra libre; el campesino no puede abandonar la tierra, el obrero no puede cambiar de fábrica, si no es a través de largas y a veces infructuosos trámites burocráticos. La planificación económica y la fiscalización política han llegado a ser una misma cosa. En esa inmensa militarización, el individuo tendería a desaparecer, si no fuera insuprimible. Su espontaneidad es vigilada, contenida, orientada en la dirección que se de-

sea; nada se pierde, al menos en teoría: ni un retardo de tres minutos en la fábrica, ni una palabra imprudente de crítica, ni una relación amistosa. La distracción, el reposo, la lectura, los afectos, son organizados o vigilados por el Estado, así como la producción y la distribución de las mercaderías. No se teme ya como en los buenos tiempos idos, al gendarme o al patrono, sino al gendarme-patrono, quien puede privar del trabajo a cualquiera, para obligarlo a pensar como lo quiere el gobierno, o puede meterlo en prisión por la poca puntualidad en el trabajo; ninguna posibilidad de reuniones, de defensa colectiva, de huelgas. Es la semiesclavitud. Y, ante la mínima tentativa de evasión o de revuelta, es la esclavitud entera, en el significado antiguo, concreto y completo de la palabra. Millones y millones de personas, deportadas a los lejanos campos de concentración por medidas punitivas, son empleadas por el gobierno como mano de obra servil, incluso hasta el completo aniquilamiento.

La autoridad y la propiedad están en las mismas manos y se identifican; el problema económico y el problema político tienden a coincidir; el salariado vuelve a ser esclavitud.

Fuera de la U.R.S.S. y de la «cortina de hierro», la crisis capitalista tiende a provocar realidades del mismo tipo, que por ahora sólo son manifestaciones incompletas y esporádicas, de las cuales la más importante ha sido sin duda el nazifascismo; la victoria de éste habría completado el proceso totalitario del mundo; su derrota ha postergado simplemente la solución del problema.

La gravedad del fenómeno ruso consiste en sus orígenes revolucionarios y en su ropaje teórico, que le permite absorber dentro de su órbita una parte (que llegaría a ser mucho mayor en caso de conflicto) de las masas tendencialmente socialistas de todo el mundo, que son en su esencia entitotalitarias y que constituyen, en sus núcleos más libres y más conscientes, la única fuerza capaz de oponerse al totalitarismo.

Es interesante observar la función que desempeña la teoría en la conducta del Partido Comunista y especialmente de su núcleo dirigente ruso, a pesar de los continuos cambios de «táctica» que invalidan a cada paso dicha teoría. Cuanto más pasa el tiempo, más se advierten los efectos paralizadores de la filosofía marxista de la historia. El amoralismo comunista no deriva de Netchaief, como erróneamente se ha dicho; deriva del marxismo. En ese sentido es casi imposible dejar de referirse a las vigorosas y torturantes páginas de Koestler en «Oscuridad a mediodía» o a las de Plisnier en «Pasaportes falsos». La construcción lógica y abstracta que desde Hegel en adelante se sobrepone al curso vivo de la historia, se encuentra en la base de esa seguridad inhumana, de esa impasibilidad frente a los sufrimientos y a los deseos individuales, que Torquemada derivaba de la certidumbre religiosa. La «masa» se convierte en arcilla que ha de ser plasmada, con esa seguridad que da el sentirse instrumentos de fatales fuerzas históricas o, más bien, de una suprema fuerza histórica: el Partido. Toda la historia y la vida misma desde su aspecto más elemental hasta el más elevado, resulta falseado de ese modo: el cerebralismo en los mejores, la brutalidad obe-

diente en los peores, son dos engranajes de la misma máquina, una máquina de la que el hombre sólo puede salvarse afirmándose sobre las propias bases de su vitalidad: su voluntad, su capacidad de iniciativa espontánea, de elección, de no aceptación. Hay un elemento religioso de ciega remisividad en el expansionismo comunista, contra el que hay que combatir como se combate contra las religiones reveladas: el último estadio del totalitarismo es—tégase bien en cuenta—la teocracia.

IMPERIALISMO RUSO.

Se habla mucho del «imperialismo ruso» y es necesario entenderse al respecto, como es necesario entenderse respecto al «imperialismo americano». Y las observaciones que debemos hacer son bastante similares para ambos casos. No se trata tanto de un imperialismo de Rusia, como de un imperialismo del Partido sobre Rusia y sobre el mundo, aprovechando para el caso el nacionalismo ruso. El fascismo y el nazismo tenían, en cuanto a sus aspiraciones, caracteres idénticos. Estamos bien lejos del imperialismo colonial, a la sombra de la sagrada bandera de la patria. El nacionalismo ya no es más que un instrumento; en realidad, estamos ante una lucha mundial de clases, de castas, de ideas. El fenómeno ha existido siempre, desde cuando Atenas y Esparta tenían partidarios (democráticos y aristocráticos, respectivamente), en toda ciudad griega; el factor nacional ha sido en general un barniz y una complicación. Pero a medida que nos acercamos a la crisis totalitaria—con ayuda de la bomba atómica—el proceso histórico está tomando cada vez más ese carácter, aun cuando aparezca disfrazado tras el predominio de una nación. El problema planteado no consiste en la independencia de las naciones frente a una nación determinada, sino en la independencia del hombre y de sus creaciones, individuales, comunales, regionales, nacionales, continentales, frente al poder del Estado.

Una preocupación muy difundida actualmente consiste en querer ser «realistas» y una superstición no menos corriente hace consistir el realismo en el hecho de ocuparse localmente en la solución de problemas locales. Es un error; hoy no existe la posibilidad de aislamiento, ni siquiera para todo un continente. Sólo es «realista» el pensar, el hablar y el actuar en términos mundiales, a la medida del hombre y no de la nación.

Para volver al llamado imperialismo ruso podemos decir, acentuando el concepto ya esbozado, que hay en él tres elementos, irreductibles con criterio lógico: el elemento nacional, que viene de Pedro el Grande; el de partido, que viene de Marx, a través de Lenin; y el factor mundial, que

procede de la crisis capitalista y lleva al poder a la burocracia o, más bien, de una suprema fuerza histórica: el Partido. Toda la historia y la vida misma desde su aspecto más elemental hasta el más elevado, resulta falseado de ese modo: el cerebralismo en los mejores, la brutalidad obrera estatal. Si se quieren observar los términos ambiguos, se puede hablar de imperialismo nacional, imperialismo de partido, imperialismo de casta. El primero es el más débil y tiene carácter instrumental; el segundo converge en Rusia con el tercero, a través de la identificación del partido con la casta. El dominio mundial del «partido único» (que ya no es un partido sino un conjunto de jerarquías sociales) se convierte en el último. Rusia podría dejar de ser el centro geográfico, sin que nada cambiara esencialmente, de igual modo que no cambiaría la Iglesia Católica por el hecho de que el Papa abandonara Roma.

Así, pues, aun en el caso ruso, el enemigo que urge combatir, no es tanto el imperialismo nacional como el totalitarismo, esto es, el antisocialismo, la antiigualdad, la jerarquía; el control sobre el hombre, sobre la naturaleza, sobre la máquina, por parte de una casta privilegiada, que tiende a la unidad mundial a través de nacionalismos e «imperialismos» provisorios y superficiales, fuentes de guerra cada vez más mortíferas (1).

HETEROGENEIDAD DEL ANTICOMUNISMO: CONSERVADORES Y CAPITALISTAS.

El campo del anticomunismo es mucho más heterogéneo y confuso que el ya descrito del «antiimperialismo» y toda tentativa de unidad, sería en los dos igualmente absurdo y desastroso.

Están en primer término los conservadores típicos, hoy más que nunca anacrónicos, copias estereotipadas de los que tenían miedo a la república y aún a la constitución, en la Europa anterior a 1848; sus congéneres actuales tienen hoy en todo el mundo, miedo al «comunismo». Entienden designar con esa palabra todo movimiento que tienda a lesionar cualquier privilegio de clase, ya se trate de beneficios industriales, de tranquilas rentas o simplemente del respeto público hacia su calidad de gente «de bien», que no hace un trabajo manual. La pequeña burguesía proletarizada, ferrozmente adherida a las características que la distinguen de los trabajadores manuales, y a las cuales asigna más valor —jactándose de ello—que a las riquezas materiales, constituye el nervio de ese ejército miope, destinado a dar la

(1) Esta primera parte del capítulo IV no quiere ser una descripción completa del régimen ruso; sólo pretende destacar sus rasgos esenciales para la comprensión del tema que en este momento nos interesa. En la imposibilidad de llenar con notas una publicación de este género, citemos aquí algunas de las fuentes a las cuales se puede recurrir. La más importante es la grande y pequeña prensa, cotidiana y periódica, burguesa, socialista, comunista, trotskista, sindicalista, anarquista, etc., de los últimos treinta años, y una cantidad de opúsculos de las diversas tendencias, muchos de los cuales son incontrolables. Particularmente interesantes son las publicaciones oficiales comunistas, dedicadas a difundir las líneas políticas prevalecientes en los diversos Congresos. En cuanto a libros —sin pretender ofrecer una bibliografía— podemos indicar: Voline: «La révolution inconnue» (Paris, año 1947); Archinoff: «El movimiento majnovista», para el primer período; el libro de *Pancit Istrati*, los de *Victor Serge*, de *Gide*, de *Trotsky* y, en fin —muy importantes—, *Ivan*: «Un obrero en la U.R.S.S.» cito el título de memoria; y *Ciliga*: «En el país de la gran mentira» (ambos editados por «Nouvelle Revue Française»), para el decenio que precedió a la guerra. Un buen resumen, documentado, sobre las condiciones de vida de los trabajadores rusos, en el momento en que estalló la guerra, fué publicado por *Maria Luisa Berneri* en Londres («Workers in Stalin's Russia», Ediciones Freedom Press) durante la misma guerra. Pa-

ra el último período habría que citar la documentación sobre la guerra española de 1936-39 y la relativa a los refugiados españoles en Rusia, las publicaciones americanas aparecidas durante la guerra, generalmente favorables al régimen ruso, algunas de ellas ingenuas, aunque también instructivas, como «Misión en Moscú», de *Davies*, el libro de *Kravchenko* «Yo elegí la libertad», una entrevista y un reportaje aparecidos en el «Libertaire» de París (N.º del 10-XII-48 y siguientes), hechos a un anarquista que ha huido últimamente de Rusia, etc. La obra más reciente sobre la Rusia de hoy y una de las más importantes, aparecida en 1948 en la Argentina (Ediciones Claridad), es «La Esfinge Roja», del *Dr. Emilio Frugoni*, la personalidad más destacada en el Partido Socialista uruguayo, quien ha pasado un período relativamente prolongado en Moscú, durante la guerra, como ministro del Uruguay y que relata con notable objetividad y en forma sistemática, los resultados de su experiencia. También es interesante, más que nada desde un punto de vista anecdótico, el libro de impresiones sobre Rusia, escrito por otro miembro del personal diplomático de la legación uruguaya, el *Dr. Lauro Cruz Goyenola*.

Debo citar aparte, porque no lo conozco directamente, el libro que se considera importante, de *Boris Suvarin*, sobre Stalin, aparecido en Francia, si mal no recuerdo, en 1937.

Ya desde un principio los anarquistas habían visto claramente el carácter que iba tomando la dictadura bolchevique, como lo demuestra el libro de *Luigi Fabbri* «Dictadura y Revolución», publicado en Italia en 1921.

victoria, en virtud de su propio miedo, a cualquier tipo de solución autoritaria. Ese conjunto ha constituido la masa de maniobra del fascismo en su primera época y puede ser arrastrado mañana en varias direcciones. Los mismos comunistas pueden atraerse a esa gente con una eventual política de represión de los impulsos populares, como en España a partir de 1937 y en los países aliados de Rusia en la segunda guerra mundial, cuando toda huelga era presentada por ellos como «trotskista» y toda crítica al gobierno, como «nazista».

Uno de los puntos más característicos del libro de Kravchenko, «Yo elegí la libertad», es un pequeño episodio de la parte final. El autor relata su encuentro con capitalistas norteamericanos, comprobando maravillado que éstos eran encarnizadamente contrarios al gobierno de la U.R.S.S. por un motivo diametralmente opuesto al suyo: ellos creían que el sistema ruso representaba el triunfo de esa libertad y de ese poder de las masas obreras, por los cuales veían amenazadas sus posiciones dominantes en su propio país. Esos elementos favorecerán probablemente a un totalitarismo indígena o a un totalitarismo extranjero antirruso, así como ayer apoyaron al fascismo; pero también podrían lanzarse en brazos del totalitarismo comunista—dentro de cuya burocracia se encontrarían perfectamente cómodos—si se vieran ante la amenaza de realizaciones populares verdaderamente igualitarias y socialistas. De todos modos, incluso hoy, esos elementos, con su ciego odio anticomunista, son los mejores aliados de los partidos comunistas, en cuanto atribuyen a éstos todos los movimientos de progreso y de revuelta, desde las luchas por la emancipación colonial, hasta las huelgas por reivindicaciones económicas, desde las protestas por la carestía de la vida y los gastos militares, hasta la ocupación por los campesinos de tierras incultas. Y lo curioso es que, en general, llegan a tener razón: con su oposición favorecen el monopolio del Partido Comunista en esos movimientos.

Difícilmente distinguibles de los anteriores, son los «reaccionarios» clarividentes y sin escrúpulos, que explotan tanto el miedo retrógrado de los primeros, como el instinto antitotalitario del pueblo (que es exactamente lo contrario) para hacer del anticomunismo la base de sus juegos de equilibrio, que tienden a retardar la crisis capitalista, para dominarla y orientarla, salvando en su seno, con las transformaciones ne-

cesarias, las posiciones dirigentes de los actuales grupos privilegiados. Uno de los reactivos que permiten distinguir un conservador miope de la primera especie descrita, de un capitalista inteligente de la segunda, puede estar representado por ejemplo, en la Argentina, por Perón. Un conservador miope odia a Perón por su obrerismo descamisado, contrario a la tradición y a las conveniencias; el capitalista astuto tendrá simpatía por quien prepara el Estado fuerte y las vías a través de las cuales las viejas clases dirigentes argentinas, reforzadas con los que se enriquecieron en las dos guerras no combatidas, pasarán a formar parte de ese nuevo Estado. Frente al comunismo, el primero y el segundo tienen aparentemente la misma actitud, aunque por razones distintas.

El pequeño conservador tiene miedo de perder su pequeño mundo antiguo; sus pequeños, antiguos y cómodos hábitos. El gran industrial, el hombre de negocios, que vive en el mismo centro de las incesantes transformaciones, quiere conquistar un puesto en el mundo de mañana. Ayer dió su apoyo al fascismo, que le aseguraba ese puesto en el engranaje de la gran máquina económica del Estado totalitario; pero combate el comunismo, que tiene ya listos los cuadros necesarios para esa máquina y que se dispone a hacer en la economía estatizada lo que los antiguos golpes de Estado hacían en los ministerios y en la administración: un cambio de personal. Que la estatización es necesaria para conservar las ganancias a costa de las masas productoras, como también la jerarquía de las clases, base de la autoridad política, es algo que muchos capitalistas clarividentes empiezan a comprender. Pero no quieren ser sustituidos por otros en los puestos de mando y por eso tratan de favorecer las tendencias totalitarias locales o las extranjeras que hacen profesión de fe «derechista». (El «totalitarismo de izquierda», del que tanto se habla, no debería tener sentido; pero, si algún sentido tiene, se refiere al totalitarismo que hace llegar a las jerarquías del poder absoluto a elementos seleccionados entre las clases hasta ahora oprimidas. Su diferenciación del «totalitarismo de derecha» no sobrepasa la primera generación, pero para los miembros de ésta última es evidentemente una diferencia importante).

LUCE FABBRI

(Continuará.)





POETAS
de ayer
y de hoy



A CONCEPCION ARENAL

Porque fué buena y comprendió...
Porque su cuerpo fué la leña
Que su alma clara consumió
con una llama hogareña...

Porque negaba la Maldad
y sabía la Muerte impotente...
Porque alcanzó la bondad
del corazón y de la mente...

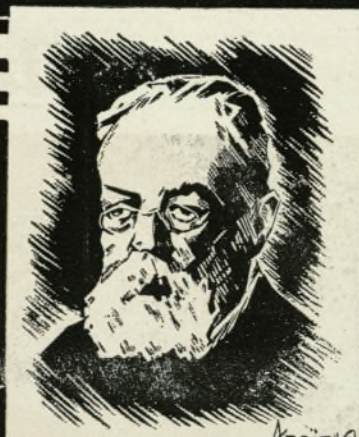
Porque tuvo al dolor cariño...
Porque en el hombre veía al niño...
Porque hizo el perdón fatal...

Porque endulzó las penitencias...
Porque iluminó las conciencias...
es Santa Concepción Arenal...

Manuel MACHADO

Anselmo Lorenzo

EL PROLETARIADO *Militante origen del* Sindicalismo



Ediciones M.L.E.-C.N.T.

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, 250 francos.

ACABA DE AFARECER

"La C.N.T. en la Revolución Española"

por José PEIRATS

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCECOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.F. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid